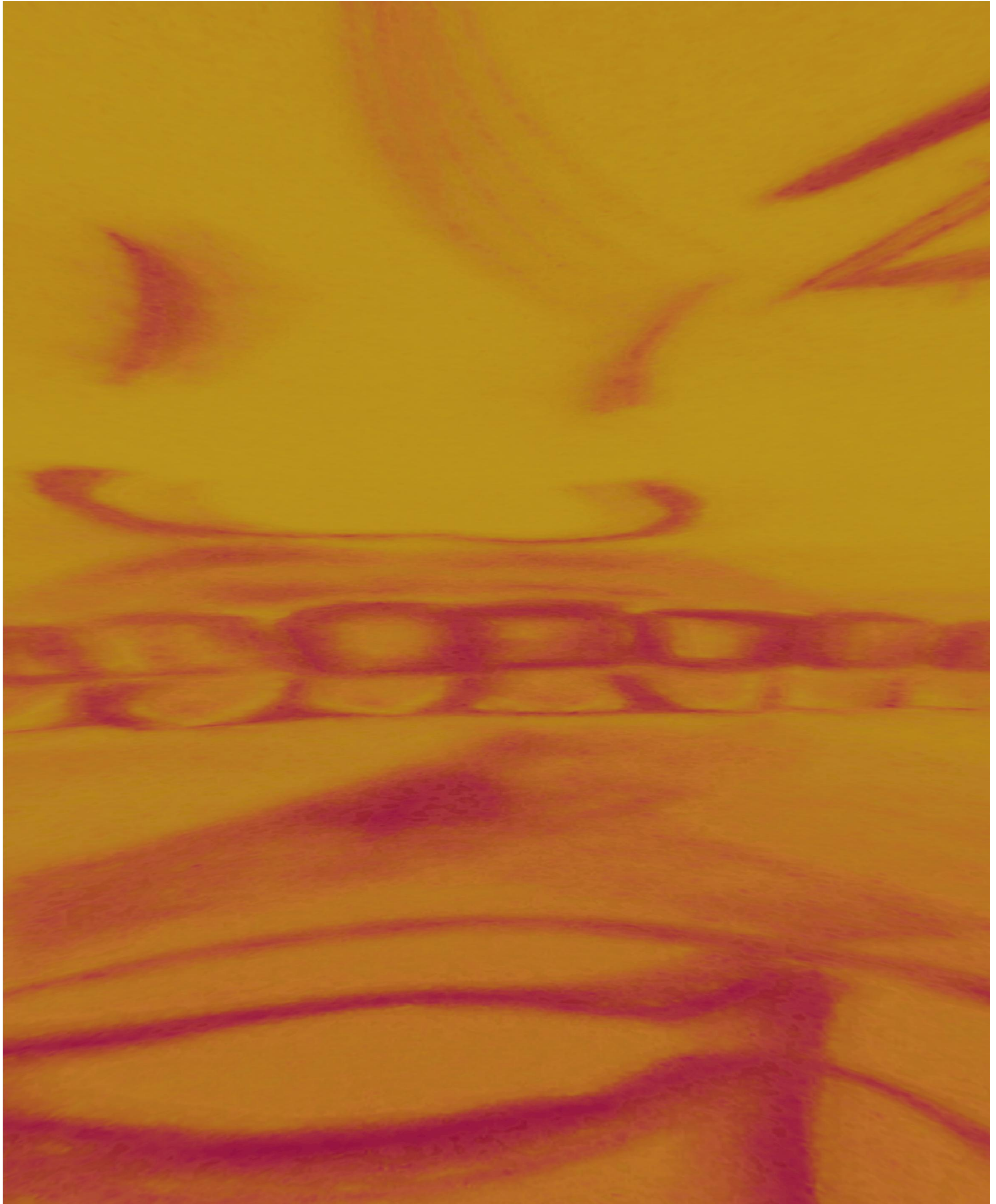
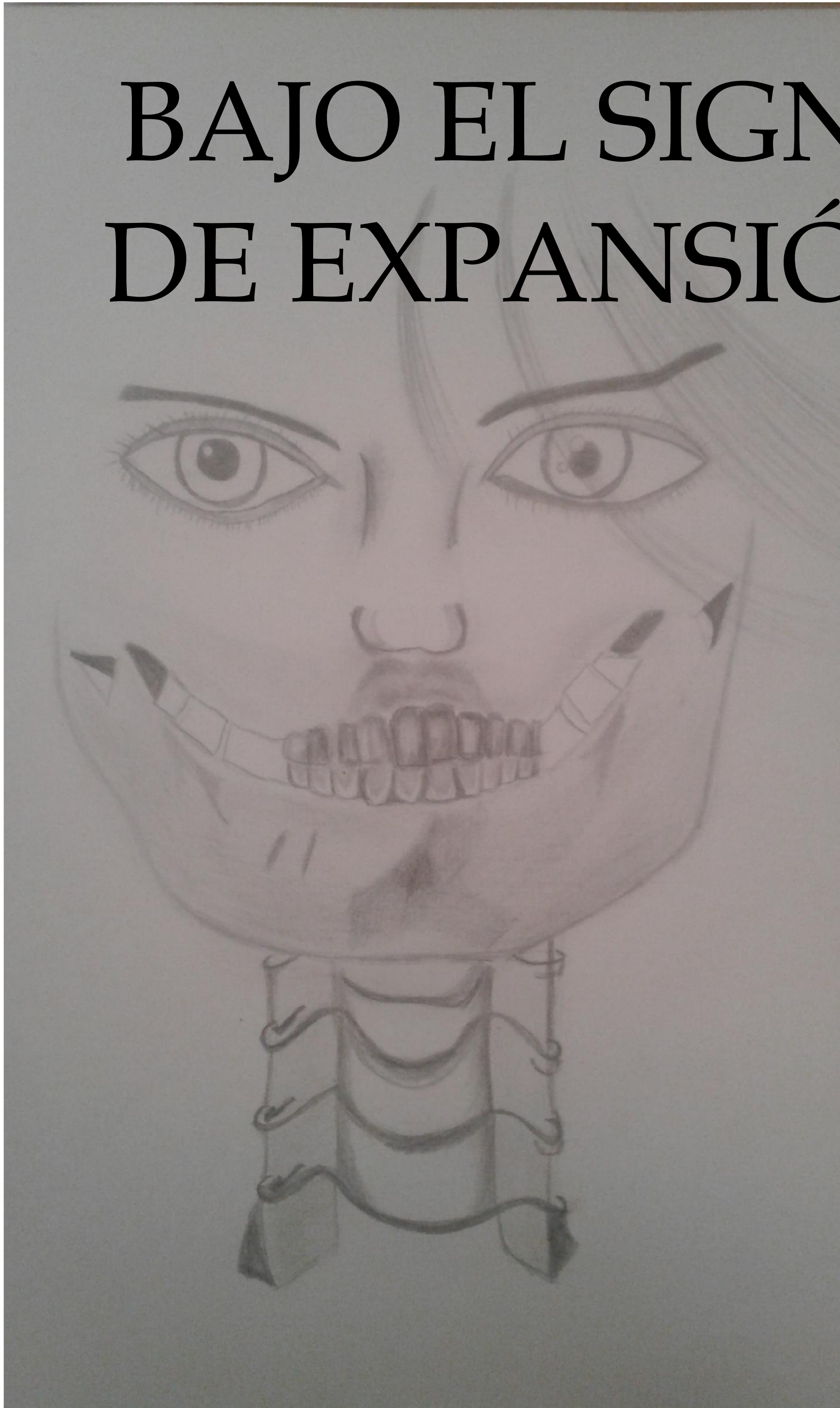
"(...) cuando me siento observado por el objetivo, todo cambia: me constituyo en el acto de posar, me fabrico instantáneamente otro cuerpo, me transformo por adelantado en imagen".

Roland Barthes (La cámara lúcida, 1980)




BAJO EL SIGNO
DE EXPANSIÓN



PRÓLOGO:

¿Qué se posee sobre la causa AMIA?

Mes de enero del año 2013. Cuerpos.

Derechos básicos: Nada de un informe con recomendaciones sobre cómo proceder en un acuerdo pondrá en riesgo los derechos con el caso en el marco de los individuos, sujetos a la ley.

(Leído de las agendas secretas de los comisionados).

Los comisionados llevaron adelante una revisión detallada de la evidencia relativa a cada uno de los acusados. La Comisión consultó a las partes a fin de completar la información. La Comisión de la Verdad, compuesta por juristas de acciones futuras.

El procedimiento consistió en fluctuaciones de información entre Argentina e Irán para evidencia e información de la Comisión, cada país con su reconocido prestigio internacional. Los comisionados no tenían obligación de dar explicaciones de ningún tipo a ninguna de las naciones, ni necesidad de mostrar documentos durante los encuentros. Acordaron un jurista internacional con alto standard moral y prestigio legal que encabezaría los interrogatorios de las personas de la República Islámica de Irán. Tenían autoridad para reanimar miembros fallecidos de cada país, seleccionados conforme a las preguntas de los representantes de cada parte. Dos partes, dos controversias.

La Comisión -de la cual Interpol ya tenía conocimiento- estaba compuesta por cinco comisionados, dos de los cuales tenían notificación roja. Convinieron un encuentro en Teherán con las autoridades principales para analizar la documentación presentada por lo jueces de ambas partes, requisitos mínimos exigidos por Interpol con individuos... La Comisión expresó su visión y emitió un acuerdo.

Como solución de ley y regulación de la implementación, prevalecería el texto como aprobación o ratificación. Fueron cumplimentados. Interpol estuvo de acuerdo, sin embargo envío a uno de los suyos a husmear.

Luego de la firma, el documento fue emitido por ambas partes simultáneamente con el resultado del análisis de la información al Secretario General de Interpol. Efectuaron consultas entre las partes en cumplimiento para su ratificación o aprobación de conformidad en la ciudad de Adis Abeba, Etiopía. Con sus leyes.

El acuerdo tuvo como resultado dos versiones: una en farsí y otra en español. Después del intercambio de la última nota verbal, el agente de Interpol fue removido espontánea y definitivamente para evitar cualquier disputa o controversia sobre posibles interpretaciones alternativas de los requisitos internos.

Por medio de los órganos relevantes de cada país, el acuerdo fue puesto en circulación. Firmado el día 27... En el Congreso, en el Parlamento, en la Retina... Memorando de Entendí: Miento.



EPISODIO UNO:
VOLVER DE VENUS

1

Volver de Venus, otra vez detenerse en la intersección de calles reconocidas pero ya nunca más nombradas, ser ciudadanos de la tierra de nuevo y maravillarse de los altos edificios como cuando uno era pequeño. El tiempo detenido en límites ya no accesibles por dispositivos cuánticos injertos en la médula, sino por la propia conciencia cercada de transeúntes que se cruzan sin saludar. La descortesía y el egoísmo terrenal pueden ser más que suficientes para experimentar una alegría, un reposo espiritual por volver de Venus, por ya no estar allá arriba, solamente sobrevolando una silueta, un contorno, fragmentos de uno mismo que los ingenieros recomiendan no observar demasiado. Pero en la tierra sí se puede observar, no hay riesgo de vértigos emocionales que comprometan misión alguna. Volver de Venus significa ya no ser una pieza imprescindible, un fragmento de mecanismo, pero humano, demasiado humano al fin de cuentas, y recibir la suave caricia del anonimato y la irresponsabilidad.

2

Como es abajo es arriba dicen algunas metafísicas, y aunque en algunas situaciones no se puede ver, sí nos es lícito observar. Situaciones pequeñas que se resuelven espontáneamente, el reclamo de un niño a su madre, el accidente automovilístico fatal en el acceso, en ataque terrorista en televisión. Esto es lo que nos sostiene al volver de Venus, días grises o diáfanos según sea necesario, contrastados por azares o causalidades nunca analizadas. Un deseo deliberado por avanzar nos traslada a oficinas particulares contenidas en los edificios, donde cada uno aplica su especialidad y recibe lo justo, milimétricamente calculado para dispersarnos en la masa uniforme que llamamos humanidad. Ahora el suelo que nos sostiene es una certeza, la belleza singular del mundo no es interrumpida pese a fluctuaciones económicas de cualquier tipo, ni crisis, ni inflaciones, porque lo único realmente concreto fue flotar ahí arriba y volver de Venus.

3

Hubo reacciones. Al comienzo todo el mundo estuvo interesado en la tripulación que logró volver de Venus. Pero la respuesta y alegría del principio no permitió calcular adecuadamente las consecuencias de volver de Venus, el regreso repentino y exitoso cubría a la perfección cualquier irregularidad suscitada por

ansiedad dando la impresión de una época racional y sin sorpresas. Inicialmente hubo algunas discrepancias sobre el verdadero motivo de volver de Venus, pero pronto el asunto pasó al olvido. Hay quienes conocen el peligro de insistir sobre los motivos ajenos, excepto cuando envuelven los fenómenos más simples y seguros. Se omitió el tema, se dio por sentado que los motivos verdaderos nunca podrían ser de público conocimiento, extender la discusión no tenía sentido, o al menos no tenía propósito para las actividades de aquellos que, por ejemplo, arrastran pancartas y reclamos sobre el pavimento gris, o que cortan el tránsito para anotar mensajes en clave sobre las superficies, sólo visibles desde el aire mediante drones y satélites, anunciando su disponibilidad para cualquier desorden de conducta.

Ahora lo discuten solamente los especialistas. Un gran número de psicólogos, psiquiatras, astrofísicos, exobiólogos, lingüistas (y neurolingüistas), estadistas, y antropólogos, como niños traviesos desmiembran datos y testimonios para empequeñecer la grieta entre volver de Venus y los posibles contactos humanos subsecuentes que conformaban una unidad cuyo centro parecía estar en todos lados. O en ninguno. Lo que equivaldría a decir que no tienen un solo indicio. Muchos desistieron creyendo estar indagando sobre una leyenda, que tal suceso no había acontecido realmente, que no había pruebas ni registros suficientes más que cierto material fílmico asumido como apócrifo, producto de un reconocido director Oscurinati. Con el material de sus investigaciones se dedicaron a reconstruir un espacio, un "paisaje posible" de pequeños montículos de polvo salino; volver de Venus era reproducir esa postal imaginaria un millón de veces en los diez mil días que duró la expedición. No hubo alegrías en cuanto esta experiencia se llevó a cabo, ni siquiera entre los sujetos voluntarios, ajenos por completo a la naturaleza de la primera misión, sufrieron, sin embargo, estrés post traumático, vómitos y diarrea. Contemplar aquel "paisaje posible" era una posibilidad al horror, porque la superficie era completamente hostil a cualquier concepto de vida humana, la idea que se instalaba en las conciencias era simplemente la de morir. Sin embargo no solo sensaciones desagradables fueron sondeadas. Un grupo posterior, compuesto solamente por ancianos, rejuveneció completamente sólo por la exposición al paisaje simulado. Este fenómeno cesó en cuanto concluyó el experimento. Luego de finalizadas las experiencias, guardaron el más profundo silencio sobre los datos recolectados, sabiendo que aquel factor bien podía desmoronar algo más que a sí mismos, la concepción entera del universo se hallaba en juego. Recelo y desconfianza fueron las dos emociones despertadas por el simulacro de volver de Venus.

La falta de certezas, la ausencia de conclusión en los datos, llevó a las autoridades a condenar la memoria de este hecho cada día más entrado en el olvido. Pero todas estas medidas no hacen sino aumentar el malestar general, la hostilidad, los rasgos esencialmente primitivos de la raza humana. El único propósito para retomar el tema de volver de Venus es provocar la irritación general. Se volvió tópico de discusiones primero, hasta que las continuas

reproducciones lo volvieron broma, humorada, pastiche, meme. De haber salido alguien a decir "esto fue verdad" o "tenemos las consecuencias delante de nuestros propios ojos y aún así lo negamos" no hubiese servido para retomar el asunto con seriedad. Es tema de alienados o esquizofrénicos, nadie que pueda vincularse al modo de ser de las vidas humanas. Las clínicas y los especialistas en neuropatías declararon que la sola mención de estos hechos equivale a una grave afección cerebral sin causas aparentes pero cuya única solución (firmada y sellada por ellos mismos) es la lobotomía. No hubo más investigaciones al respecto, fue útil para desestimar la curiosidad de cualquiera interesado en volver de Venus, y, por otro lado, para acallar a aquellos realmente vinculados a la misión.

4

Como vueltos a un tiempo donde no vale la pena mencionar regresos, cada ciudadano retorna, progresivamente, a su vida cotidiana. En esa transición, alguien consideró que los discos de Tori Amos podrían ser un riesgo a causa de un disco editado en el año 1999. El título era una amenaza. Al menos, eso fue lo que dijo mientras promovía la destrucción de todo rastro de este disco. Pero al llegar a Enero (ya no decimos, volver a comenzar el año), con los cielos limpios para un anochecer de tonalidades que van del azul al negro, descansado en el patio de cualquier casa y levantando un poco la vista, cualquiera podía observar, con mayor o menor placer, el punto brillante que acompañó el desarrollo de la humanidad durante tantos siglos. Lo evocamos con su nombre arcaico y le decimos el lucero, pensando solamente en viajeros cruzando las aguas, en medio del mar, o en medio del ártico, buscando una guía que les enseñe el rumbo como aprendieron de sus ancestros. Y mientras alguien incendiaba un disco o borraba un archivo aún había una mezcla de placer ante algo desconocido a la vez que emergía un recuerdo que tenían olvidado. Muchos reaccionaban bruscamente, encerrándose en sus casas durante todo el día y teniendo que recurrir a recetas y especialista para evitar la depresión provocada por repentinos ataques de pánico.

Otras personas, por su parte, tuvieron el recaudo de recuperar metáforas para erigir un sistema de ideas sobre el cual poder expresar sus dudas.

Puedo aguardar tu amor en el firmamento,
puedo aguardar por ti
por mucho, mucho tiempo
que aprovecharé para ser mejor
en esta tierra…
Eres el mensaje
esto es la botella
Y se lo lleva el mar
el océano cósmico

Las composiciones eran repetidas y descargadas continuamente. Esto alertó a los especialistas, que no vieron bien resurgir el interés por aquel tema. Pero los empresarios se impusieron por economía: hacían circular el material con la impronta de mil publicidades adheridas a cada nueva producción.

En las ruinas universitarias, se organizaron talleres y cursos con el fin de adentrarse en el análisis de aquellas manifestaciones culturales. Había quienes formulaban juicios o tesis ("Sin un arquetipo anterior no podría existir actualmente") y establecieron una categoría gnoseológica bajo el término Venusear, neologismo que vinculaba tanto la idea del planeta como el hecho de establecer una relación con el mismo. Esto dio lugar a una juventud que se declaró como ciudadanos del universo, pese a no existir los recaudos ni intereses para que la mayoría de la población pudiese experimentar los viajes interplanetarios. Pero la particularidad de estos intereses, vistos como una manifestación meramente política más que una búsqueda por los hechos concretos, derivó, una vez más, en malentendidos y retóricas separatistas. Sin consideración por los elementos concretos ni de aquellos que pudieron volver de Venus y aún conservar sus facultades, pese a, claro está, no poder decir una palabra de ello. Por eso no intervinieron en las disputas sociales entre aquellos que buscaban abolir toda soberanía entre los pueblos y declarar el planeta entero como un territorio único, sin restricciones de ningún tipo (sobre todo las económicas), y aquellas masas conservadoras, movidas por los hilos de empresas y bancos que dependían necesariamente de divisiones políticas, restricciones y disensiones de todo tipo.

Las opiniones se dividían en dos bandos:

"Desvaríos monstruosos"

"Armonía"

"Cierta lógica con un trasfondo amenazante"

"Paz interior"

"Divagues oscuros con cierta verosimilitud"

"La raza humana sin diferencias tan sólo con volver de Venus".

"Sofismo de débiles mentales y perturbados"

"Cada época debe generar su propia huella"

"Confort en la verdad, recuerdos presentes".

5

La gente retomó, una vez más, el asunto de volver de Venus, y ya no importaban las soluciones radicales ni los malestares patológicos. "Si nos organizamos un poco podríamos construir un pequeño vehículo que nos transporte", decían algunos vecinos autoconvocados, al comenzar la noche, en reuniones que terminaba con palazos de la policía. "Podríamos construir al menos

algo que nos saque de acá”, sugería otro, gestando unos murmullos de dilema en la sede barrial. “Hay que irse para entender la satisfacción de volver. No importa dónde”, decía otro, idealizando una situación que no implicaba satisfacción alguna. La tripulación completa había sufrido consecuencias desastrosas tanto físicas como psíquicas, se habló de ello mucho tiempo, pero enseguida se olvidó y sólo se habló de las alternativas, la posibilidad de volver de Venus era prácticamente una mera expresión retórica para direccional sueños de parias.

Al final no fue más que eso, pese a todos los discursos y adherentes a la idea que se propagó por el mundo, no hubo más que aficionados armando cohetes que estallaban en cuanto tocaban la estratosfera. Rectos, se elevaban dejando tras de sí la huella verdosa de combustiones experimentales y vapores amarillentos. Tripulaciones carentes del nivel de entrenamiento necesario se dirigían a una muerte segura antes de cruzar la atmósfera, con plena conciencia de que las llamas los consumirían, protegidos para la ocasión pero con pleno conocimiento de que no lo lograrían, de que la explosión sería mucho antes de lo esperado y sin poder tomar resguardo alguno. Una repentina bola de fuego llenaba todo y un segundo después, la nada, la imagen de los monitores con el bólido en llamas y las maldiciones del equipo que organizó todo. Luego compartirían el video a todos los interesados del resto del mundo. Se harían comentarios, se sugerirían mejoras y, finalmente, nuevos postulantes aparecerían para conformar una nueva tripulación. Porque lo importante era volver. Estos autodidactas, que crecieron viendo videos de fracasos, se preocuparon en desarrollar técnicas y herramientas para evitar estas catástrofes, experimentaron con mecanismos y teorías complejas, y todas sus permutaciones posibles. Crearon un espacio virtual donde confluyó este interés único donde cada vez más individuos compartían su obsesión por dejar de lado esta tierra aunque fuera unos segundos… para después volver… Volver de Venus, como había sido hacía tanto tiempo atrás.

6

Nos reconocimos al volver de Venus, en aquella ocasión en que volvías del campo, me preguntaste si acababa de regresar, y te dije que sí. Volví de Venus, te dije, como una espontánea indiscreción autobiográfica, que tenía que ver con la incomodidad que me daba tu presencia, y con la represión carnal. Pero en cuanto mencionaste tu decisión, tus planes de dejar la tierra, repitiendo ese eslogan, un significante carente de significado, sólo por experimentar las llamas, ya no quedó nada que nos pudiera vincular. Volver de Venus fue sencillo, nuestra sonda fue rescatada del mar en poco tiempo, después nos devolvieron a nuestros hogares, para que nos acomodemos a tiempos rutinarios, un tiempo, quizás, lo bastante extenso para olvidar por qué regresamos.



EPISODIO DOS: USTED ESTÁ AQUÍ

1

Diciembre. Tiempos de calor. El cuarto es tan pequeño que no tenemos más opción que soportarnos constantemente.

El amor merma. Es extraño. Las fuerzas confluyen, es como un fuego arrasador, pasajero, se extingue y nos turnamos para mirar por la ventana. O mirar la tele. Tenemos gustos similares. Mutuamente nos toleramos. Miro los dibujos de canal once y ella se acurruca contra mi cuerpo y duerme. La abrazo como si se fuera a escapar. Comienza a roncar y siento que realmente se podría caer y hacerse pedazos. La abrazo con más fuerza. Estamos acá de paso. La habitación es blanca, en las paredes, un tomacorriente, un cuadro abstracto, un espejo, otro tomacorriente, el interruptor para encender la luz, el aire acondicionado. Cortinas violetas completan el decorado. Detrás, el ventanal enorme del quinto piso; abajo, el espacio. No tiene sentido el televisor. Me vuelvo incapaz de brindar la pasividad que me solicita. Al lado mío no hay otro ser que me necesite, que diga necesitarme, tan frágil y tibia, siento que se podría romper. ¿Y qué me importa si mi personaje favorito muere? ¿Qué importa si el suceso inesperado irrumpe para captar mi interés? Me interesa que ella esté bien, sólo eso. Y saber que no puedo hacerlo. Y que es un delirio. Es un delirio. Porque si yo no estuviese, quizás no habría otro, pero no necesariamente se necesita de otro para existir, ¿cierto? Eso es algo más bien propio de las colonias de insectos. O las manadas. Agradezcamos a la industrialización y a la sociedad de consumo el hecho de que nuestra necesidad de asociación haya podido limitarse. Ahora podemos rebelarnos eternamente así como cuestionarnos el mínimo detalle de nuestras vidas. Y si hallamos una duda, no importa la respuesta con la que la resolvamos; lo importante es resolver y pasar a otra cosa. Publicidad. Corte comercial. Un tipo maquillado para la ocasión rechaza una propuesta de matrimonio, un compromiso, a una mujer que bien podría representar el ideal del deseo, una cruza perfecta entre carne y sueño, y el tipo dice "no", y camina por un sendero lleno de postulantes a la isla de Lesbos (en un mundo donde la escuela de Safo ya no existe, claro), todavía recibiendo propuestas de cada una de las aparecidas, y el tipo, muy seguro de sí, con una sonrisa, les dice que no. Después, la seductora voz gruesa de un locutor masculino advierte sobre lo efímera y breve que es la vida y propone su alternativa: ¿para qué quedarse con una si podés probar todas? E, inmediatamente, aparece una bolsa inmunda conteniendo todas las sobras de snacks comprimidos en paquetes azules. Sofoco una risa de desagrado. ¿Quién en su sano juicio permitiría un lavaje mental de tales dimensiones? Pero está bien, justifican los tontos, refleja la sociedad actual, el mundo en que vivimos. Genial. Aplausos por la creatividad de los publicitarios. Mundo de mierda que los sostiene. ¿Por qué? ¿Para mayor libertad por la falta de

compromiso? Pero eso no es libertad, es de libertino. Y relativismo. La promiscuidad y los snacks no encierran nada bueno. Es un camino absurdo. Es ir por la vida siendo Don Juan, el hombre absurdo, es como que el existencialismo jamás hubiera ocurrido y tampoco hubiera existido Camus. ¿Alguien leyó el extranjero y logró interpretarlo? Claro, la hermenéutica es prácticamente un rizoma sin principio ni fin. Me quedo, mejor, en la limitación de este cuarto. El espejo, el aire acondicionado, las cortinas violetas. Estamos de paso. Estoy de paso. Apago el televisor. ¿A qué amargarse? Cruzo el noticiero: protestas, homicidios o saqueos. O navidad. Tragedias. ¿Cómo proteger a la mujer a la que le prometí mi amor del horror de la existencia? Y, peor aún, ¿cómo conseguir en este mermar de la pasión el cumplir esa promesa? A veces es pensar tanto que no sé qué es lo que digo. O escribo. ¿Cómo decía la Reina Roja en Alicia en el País de las maravillas? Ah, sí. Primero viene la sentencia, luego el juicio. O algo así. La abrazo más fuerte. Siento que no me dan las fuerzas.

No existe un punto de partida. Soy apenas la extensión de un pensamiento.

2

La intimidad es buena. Demasiado buena. Al menos en lo referido al sexo. ¿Hay una referencia más importante? Si uno es superficial, claro que no. Las extremidades son órganos para adherirse a una limitada cantidad de átomos. Cuantos halla en esta porción de colchón. ¿Sabías que los ácaros se gestan menos en camas desordenadas? El caos de sábanas y frazadas que hacemos es el llano de los relatos de Rulfo para estos microscópicos arácnidos. Lo digo en voz alta y ella sonríe. Soy un comediante y un bicho raro. No me deja continuar. Me besa, se trepa a mí, agarro sus piernas con fuerza y las llevo a que se enreden en mi cuerpo. Si fuera mosca no hallaría mejor telaraña. Lo pienso pero esto ya no lo digo. Otro sinsentido. Me pierdo en sus labios, pierdo los míos, ella cierra los ojos y yo cierro mis manos. Sobre sus muñecas. Recorro el camino desde su cuello con la punta de mi lengua y desciendo en el campo de frutos jugosos y dulces que son sus pezones. La ambrosía más cercana que he saboreado en toda mi vida. El aire acondicionado emite un zumbido, pero el frío no nos llega. A lo mejor dejé la ventana abierta. Se forma el sudor en su cuerpo y sorbo su gusto salobre con el temblor y la alegría de un alcohólico; en el medio de sus pechos, bajamos mi lengua y yo por su vientre. Desemboco n su dulce capullo rosáceo donde todo se vuelve un poco más salado, templo cálido de contención. Refrescante. Está bien, es la hora del almuerzo y dudo que bajemos al restaurant del hotel. Mejores asuntos ocurren aquí, un plato verdaderamente sabroso a mi paladar. Me sumerjo en ella. O ella se sumerge en mí. En sí, ahora mismo no hay diferencias. Intercambiamos sonrisas. Y en el frotar de nuestras pieles nuestras facciones cambian. Cierra los ojos cuando me acerco, mi piel se eriza cuando me roza. No sé qué parte. ¿Cómo es la gota que rebalsa el vaso? ¿Cuál su densidad, su espesor, su tamaño? Imposible precisar una parte cuando confluimos en un todo. Mis ojos también se vuelven inútiles así que los

cierro. Mi éxtasis surge de sus gemidos, dulce monofonía extática, manta que se propaga desde mil millones de femtosegundos, atraviesa mi corteza cerebral y anula cada uno de mis razonamientos. Ahí, donde hubo ideas, no hay más. No hay más. Los cuerpos se balancean, no me siento yo, la siento ella, beso su frente, inclinando su cuerpo sobre el mío, beso sus ojos, mis ojos, se abren y se cierran como los míos, que ya no me pertenecen. Ya no me pertenezco. Sumergido en ella, o ella sumergida en mí. No hay diferencia. El observador le diría apariencia. Repito y confirmo: no hay diferencia. No hay más. Donde hubo ideas, no hay más. Implosión. Explosión. Ella abre los ojos y los vuelve a cerrar, una expresión de goce se me desdibuja de su rostro, y siento un temblor, soy un terreno experimentando un terremoto, ondas sísmicas nos sacuden, las sábanas, las frazadas, hasta las cortinas del hotel, se sacuden, grietas cubren repentinamente el suelo de la habitación, las rígidas estructuras se tambalean, las ondas se propagan, tiemblan los vidrios de nuestras ventanas y la lámpara aferrada al techo parece bambolearse poco a poco. Y el velador, sobre la mesa de luz, cae al suelo sin que llegue a oír el estallido, ensordecido por un suspiro orgásmico de alivio que surge de una fuente imposible de verificar. Por un segundo, todo inmóvil. Calma total. Luego, poco a poco, dos cuerpos se separan. Nosotros no más. Nosotros ya no. Ella y yo. Ahora. Cuerpos separados. Busca mis labios, se los entrego, saboreo los suyos, una suave caricia rezuman los dedos confusos. No importa, sean suyos o míos. Complacidos. Giuseppe Mercalli, físico italiano, le pido prestada su escala sismológica desarrollada para evaluar la intensidad de los terremotos según los efectos y daños causados a las distintas estructuras… Y cuando ella me pregunta al oído, ¿qué tal estuvo? Con una sonrisa al techo y abriendo los ojos pronuncio: "diez". Ella sonríe. Está bien. Pero ignora completamente que me muevo en la escala de Mercalli donde el pico máximo es doce. Mejor así, supongo, regresando a mis pensamientos, regularizando mi respiración y emociones, poco a poco sintiendo que vuelvo a ponerme en contacto conmigo mismo. No hablamos mucho más. Se acurruca a mi lado y el ritmo de su respiración se va ralentizando. Acaricio su pelo con suavidad. Enciendo el televisor con el volumen en uno. Tres o cuatro veces doy vuelta a los sesenta y pico de canales. Nada me captura. Nada de allí me interesa. No estoy acá, ahora, para probar la televisión. Lo sé muy bien: estoy de paso. Y también sé que hay algo más.

3

Me separo lentamente de su cuerpo, intentando no despertarla. Pegado mi cuerpo al colchón, me deslizo suavemente fuera de la cama, controlando el ritmo de su respiración, que no se altere, que no sufra cambios. El suelo alfombrado recibe mis pies descalzos, mis pisadas también las suavizo tanto como puedo. Inmaterial, quisiera ser un espíritu del viento. Dejé el televisor encendido en el canal de las noticias sólo para tener en cuenta la hora. Ignoro por qué pero el

tiempo me sigue pareciendo crucial. ¿Acaso no debería restarle importancia en un momento como este? Pero siento que sería como dejar de lado mi cuerpo. No puedo ignorar los dedos en mis manos, tampoco. Puede ser que me haya vuelto loco, pro en esta época de relativismo eso no haría mucha diferencia. También es de Alicia en el país de las maravillas la frase: "Aquí todos estamos locos". Me acerco a la ventana, corro un poco (no mucho, no quiero dejar entrar demasiada luz) las cortinas violentas y echo un vistazo a la ciudad ahí fuera. Veo la calle, edificio, gente desconocida con objetivos desconocidos y, más acá, el patio del hotel, la piscina bordeada por reposeras blancas y una casera que se pierde de mi vista donde adivino unas letras que dicen MASAJES… O algo parecido. Poco me importa. Poco me interesa. Broncearse requiere la misma pasividad que me pide el televisor y soy incapaz de brindar. ¿O me equivoco? ¿Haría alguna diferencia abrir la ventana y saltar desde este alto y zambullirme en la piscina? Quizás con eso probaría una teoría, o dos. Pero el ruido despertaría a mi compañera y eso no es algo que pueda permitirme. Estoy de paso, ¿para qué molestar? Tomo unas fotografías sin flash para atesorar el momento. De la calle y la piscina; abajo, la pared que separa nuestra seguridad turística de la feroz selva de cemento; y del cuarto, la cama que desordenamos, los invisibles ácaros, el cuerpo durmiente de mi compañera sobre el colchón. El fragmento de realidad la vuelve más adorable. No respira, no ronca, ningún silbido sale de su cuerpo. Sonrío. La imagen es contaminación mental. La imagen establece una relación ingenua con la realidad. Es una prueba. Y una distorsión.

El acto en sí no es más que un simulacro de posesión. El conocimiento adquirido a través de las fotografías es más bien un reconocimiento, sentimentalismo. Y la sabiduría que pueda llegar a adquirirse, simulacro de conocimiento. El deseo es abstracción suscitada por arquetipos, pero los sentimientos morales son algo concreto. Cárceles de concreto. La fotografía incita a la abstracción, al deseo. Es una colección de objetos para masturbarse a lo sumo. Cargados de nostalgia, para colmo; no hay conciencia si no hay vínculos con la historia que representa. La fotografía capta el pasado irreal y da seguridad (limita el contexto) a nuestra inseguridad. Su desarrollo fue de la mano de la industrialización y el turismo. Evidencia y recursos para la inactividad laboral. Por eso mismo escuchamos decir "hagamos unas fotos". Democratizada la experiencia, todo se redujo a la captura del mayor número de temas. David Octavius Hill y Julia Margaret Cameron lo consideraron un medio para obtener imágenes pictóricas. Entonces, existía una relación más bien estrecha entre el arte y la verdad. Pero mientras el dibujo, o el texto (es decir, los enunciados), son interpretaciones del mundo, la fotografía, en cambio, funciona como una porción de realidad. Un recorte selectivo. Y un conjunto de pruebas. Y un posterior almacenamiento. Un objeto coleccionable. Incontenible por impresión, sea en libro o en película.

Todo acontecimiento tiene como fin ser fotografiado. Es un acto de no intervención y, a la vez, un acto de participación. Un juego de pasividad y

abandono que impacta sólo cuando se presenta algo novedoso. Voyeurismo camuflado, la relación sujeto–objeto busca establecerse con imparcialidad aun cuando es imposible desprenderse de toda carga subjetiva. No se puede poseer. Se invade. Se distorsiona. Se transforman los sujetos en objetos, por eso se interpreta el uso de la cámara como una agresión. O violación.

La cámara es una pistola de rayos.

Ziummmmmmmmmmmmmmmmmmmmmmmm… Fuashhhhhhhhhhhhhhhhhh…

Dejo la cámara a un lado y deslizo mis pies con suavidad de cazador furtivo sobre la alfombra azul. Entro al baño, girando el pomo y cerrando la puerta con la misma delicadeza. Abro la ducha. El agua cae con estrépito imposible de frenar. Un chorro fluido y ruidoso resonando desde los cerámicos azules e imposibles de amortiguar tan sólo corriendo la cortina. Entro y me interpongo en el del líquido hacia el suelo. El agua golpea mis hombros, mi cuello, mi pecho. Inclino mi cabeza y dejo que las gotas comiencen a deslizarse por mi cabeza, mis sienes, mi nuca. El jabón del hotel es una pequeña pastilla marcada con un monosílabo de origen anglosajón: Duke. La pastilla descansa desnuda sobre la jabonera, nada más puedo deducir sobre su origen de fabricación. ¿Nativo o extranjero? Poco a poco las diferencias van perdiendo más y más importancia. La pasividad del observador es recompensada con su progresiva desaparición. Froto el jabón sobre mi cuerpo sin notar las partículas que se desprenden y se adhieren a mí. Y tener en cuenta este dato resulta ser poco productivo. Enjuago mi cuerpo, abro un sachet de champú (cuyo nombre no me detengo a leer) y lo desparramo sobre mi cabeza. Con la punta de mis dedos improviso un masaje sobre mi cuero cabelludo. Es mi parte favorita de bañarse. Cierro los ojos y vuelvo a inclinar mi cabeza bajo el chorro de agua. El líquido inunda mi cabeza y lo imagino penetrando por mis células, lavando mis pensamientos, aclarándome las ideas. La cortina se abre de golpe y me doy vuelta, sorprendido. Mi compañera, plena belleza en desnudez, me sonríe, me abraza, besa mis labios y entra en la ducha conmigo. Estrecho su cuerpo contra el mío, sorbo el agua que se cuela por en el beso que dan nuestros labios. Se desprende poco a poco y sonriendo me dice que el agua está fría. Hace calor, le digo yo. Siempre tenés calor vos, replica de inmediato. Vos me pones así, le reprendo con una sonrisa. Cierro un poco el agua fría y regulo la ducha hasta sentir la tibieza que ella me pide. Termino de enjuagarme.

–Igual, ya iba a salir.

Ella me mira y ensaya un rostro de tristeza, un pucherito enternecedor en la comisura de sus labios.

–Pensé que ibas a bañarme.

–Ya terminé.

– ¿Por qué no me despertaste antes? ¿Por qué me dejaste dormir?

Hay respuestas interesantes y de estas cuyo enunciado se basa en recursos poéticos de nula originalidad.

–Porque me encanta verte dormir y no me gusta molestarte.

–No me molesta…

–Bueno, la próxima te aviso…

Y queda en silencio mientras abro otro sachet de champú y desparramo el líquido sobre su cabello, acariciando con la punta de mis dedos su cuero cabelludo. Ella suspira. Sonríe con los ojos cerrados mientras la espuma resbala por sus sienes.

–Me encanta. –dice. – Te amo.

Sonrío y contemplo su belleza inefable. Jamás estuve con una mujer así y supongo que ella debe notarlo o lo sabe. Estampo un beso en sus labios, estrecho su cuerpo contra el mío, la arrastro bajo el agua tibia y enjuago sus cabellos con suavidad.

4

Vuelvo al cuarto, a toparme con el televisor encendido, el único paisaje de la ventana más entretenida. Un tipo con traje analizando quien sabe qué situación, intensa seguro, a punto de dejarnos al límite como civilización, o inculcación de pánicos e histerias similares. Basura. Tomo el cable del televisor y tiro de él con fuerza, apretando los dientes. Es un impulso que encuentro glorioso satisfacer.

La respuesta a ese impulso: la imagen se disuelve en un agujero negro en un parpadeo.

Así debe ser la muerte, no creo más. Con algo más de suerte lo hubiese comprobado. Mi cuerpo lo llevo completamente mojado. Gotas desde mi cuello y cabeza se deslizan a mi pecho y extremidades formando débiles hilillos líquidos con una meta común: caer y mojar la alfombra. Pero el alfombrado se seca y nuestro pequeño ecosistema se mantiene fresco con el aire acondicionado. Sí. Eso es un invento. Cumbre de cinco mil años de evolución. Fueron absolutamente en vano la construcción de las pirámides, el alzamiento de obeliscos o las revoluciones de obreros. Nada de eso justificó el mundo como la sensación de seguridad que brinda la posibilidad de controlar el clima en un ambiente de tres por cinco. Digan lo que quieran. Es uno el que enuncia por experiencia. Sonrío mientras me seco con la toalla blanca del hotel.

Podría detenerme a pensar en los hipotéticos personajes que me precedieron en la utilización de la misma toalla para el mismo procedimiento o prácticas similares o más nefastas. Pero prefiero enumerar los innumerables usos que se le pueden dar a una toalla de acuerdo al ingenio de Adam Douglas. Aunque, ¿por qué no traje una toalla propia si conozco su importancia? Porque pienso, al menos, llevarme una. Pocos son los souvenires funcionales que se pueden adquirir con la estampa del lugar que se visita. Por lo general, se reduce a una taza. Pero una taza no ofrece la versatilidad que tiene una toalla. Acomodo mi cabello frente al espejo sin sorprenderme en absoluto de no contar con un peine. Los peines se pierden fácil en los bolsos de los turistas y es molesto tener que reponer un trozo de

plástico en cada una de las habitaciones. No son tiempos austeros. Tampoco les alcanzó para conseguir dos estrellas más, aunque esto, para mí, ya es demasiado lujo.

Dejo la toalla húmeda en el suelo y busco mi ropa. Me visto a un lado de la cama. Desde el baño oigo la ducha hacer silencio que no tarda en interrumpirse por la cortina de baño que se corre. Mi compañera reaparece, con una sonrisa. Lleva su toalla en la cabeza. Solamente una toalla. Me mira y sonrío. Se quita la toalla con una mano y suelta sus cabellos húmedos, libres, azabache, descienden libres sobre sus hombros. Miro su cuerpo firme, delgado, su piel fresca, gotas distraídas bajando por su vientre. Siento una punzada creciendo en mi pantalón y seguidamente lamento habérmelo puesto.

Voy a su encuentro. Estampo un beso en sus labios e intento asir su cuerpo que me sonríe. Su sonrisa se licua y el resto de ella se escurre desnuda como náyade u oceánida confinada al claustro del cuarto de hotel. Sonrío. Porque no tiene dónde escapar. La atrapo. Forcejea como gacela en la red de mis brazos. Nos divertimos y ríe y se defiende haciéndome cosquillas. Hasta que, de repente, queda paralizada. Me abraza con fuerza. Se pega a mí. Huelo el aroma de su cuello, su cabello, cierro los ojos y siento cómo se desliza sobre mi cuerpo, aferrándome con fuerza, aferrándose con sus brazos primero y luego con sus piernas.

– ¡Una cucaracha!

Su voz de alarma es distinta. Aguda, chillona, cascada. Resuena en lo más recóndito de mis tímpanos. Abro y cierro los ojos, desorientado, y la escucho repetir:

– ¡Una cucaracha! ¡Una cucaracha! ¡Una cucaracha!

– ¿Dónde?

La retiro suavemente de mí y la empujo sobre la cama.

– ¿Dónde?

Ella tiembla de arriba abajo, los ojos casi saliendo de sus cuencas y una expresión de puro horror estampada en el rostro. Levanta el brazo rígidamente y la punta del dedo señala el otro extremo de la habitación. En el espejo, a espaldas del televisor, un inmundo insecto busca un rumbo.

Colorado y pequeño, me acerco y veo sus antenas moviéndose de un lado a otro, buscando orientarse, un lugar a dónde dirigirse. Me voy acercando más, con un interés que crece a la par del disgusto que experimento al ver a tan inesperado y diminuto monstruo.

– ¿Qué hacés?

La voz chillona y molesta de mi compañera.

Nada, lo miro, ¿qué espera que haga?

–Nada, lo miro, ¿qué esperás que haga?

–Matala. –Sentencia, en la misma voz. –Matala. ¡Matala! ¡MATALA!...

El timbre agudo vuelve a causarme molestia y, sin pensarlo más, estampo mi mano sobre el espejo y el cuerpo del insecto. Lo siento reventarse bajo mi mano, conmovido por lo irracional de mi acto. Otro impulso, desde luego.

Mi compañera me grita:

– ¡Asqueroso! ¡Sos un asqueroso!

Pero su voz suena como a dos habitaciones de distancia. Retiro la mano del espejo, la sangre y fluidos del insecto dejaron una mancha de formas fractales que de inmediato me resulta repugnante. Siento el resto del insecto adherido a la palma de mi mano, y una repentina náusea me hace llevar la otra mano a mi boca. El insecto yace pegado a mi mano peo sus antenas aún se mueven. Siento el roce de sus extremidades en mi piel y el asco asciende como escalofrío a lo largo d la espalda.

– ¡Sos un asqueroso! –Repite mi compañera. Sus nervios son ahora enojo. –¡Andá a lavarte YA esa mano!

Corro al baño y abro la canilla del lavatorio. Tengo que remover al diminuto insecto con la punta de mis dedos y no dejo de sentir asco y náuseas. La cucaracha cae en la rejilla y se pierde en el abismo, directo al Omarmundo del hotel. Me paso el jabón hasta hacer espuma. Me enjuago y vuelvo a lavarme. La sensación de repugnancia desaparece de a poco. No recuerdo haber sentido algo así jamás. Claro que no es la primera vez que veo una cucaracha, claro que no, así que es normal la sensación de hormigueo que experimento luego de secarme las manos.

Salgo del baño y mi compañera está completamente vestida y bastante acelerada.

–Vamos. –Me dice, con la prisa de un cocainómano. Su ansiedad me contagia. Observo por el rabillo del ojo la mancha de fluidos estampada en el espejo y enseguida cierro los ojos. Pienso en otra cosa. Deberíamos ir a algún museo o a un cine, le digo a mi compañera. Divertirnos. Relajarnos, pienso. Asiente con la cabeza mientras me coloco mis zapatillas de lona. Abandonamos la habitación con prisa.

Salimos al estrecho pasillo. La habitación de enfrente está abierta. Ignoro quiénes serán sus ocupantes, pero mis ojos juzgan el desorden de ropa y zapatillas arrimándose al pasillo y un intercambio dialéctico donde predomina la palabra "boludo". Veo la silueta de la mujer de la limpieza oficiando de niñera. Puede que sean parte de una excursión escolar, un viaje de fin de curso tal vez o un equipo de algún club deportivo quizás. No me permiten averiguarlo. Mi compañera tira de mi mano, nos alejamos de la habitación, me pregunto si volveremos, aún está nerviosa por el incidente de la cucaracha. Me mira a los ojos y suelta mi mano con asco. Para mi han pasado un millón de años entre el incidente y llegar al pasillo. Me observa. No hay dulzura en su movimiento, pero su expresión le confiere una belleza dura que no me había demostrado hasta entonces. Sonrío e intento besarla, ella corre su rostro y vuelve a arrastrarme por el pasillo. Ahora, me toma del brazo. La dejo conducirme como camilla de hospital, como carrito de supermercado, el pasillo extenso de paredes blancas y alfombrado azul, el mismo que dentro de la habitación pero con ocasionales manchas inidentificables por el apuro. Las habitaciones culminan y atravesamos amplios ventanales que se abren a ambos laterales. Un viento suave acaricia las cortinas blancas, que hacen juego con las

paredes. Extiendo mi brazo para correr la cortina y observar por la ventana. La misma vereda que contemplaba desde la habitación pero desde otra perspectiva. Sólo se veía la calle y los vehículos. La vereda quedaba oculta por la pared de lo que a simple vista me pareció un estacionamiento pero que, dada la breve posibilidad que tuve, bien pudo ser una verdulería lo mismo que una feria gitana. Sin gitanos, eso sí. No se veía un alma. Me dejé arrastrar más. Los ventanales desembocaban en un área limpia, blanca, donde el alfombrado azul le había dado paso a un piso de cerámicos blancos. Levanté mi vista del suelo para ver el brazo de mi compañera extenderse y dirigir su mano hacia el botón del ascensor. En completo silencio. Ni una palabra para mí. Le pregunto si se encuentra bien.

–Sí. –Me responde, con sequedad, aunque sin dejar de aferrar mi brazo. Me concentro n el botón que se ilumina luego de que su dedo firme lo oprima. Es una luz roja, el mismo color con el cual identificamos las grandes, incluido el enojo. Miro de reojo a mi compañera, su mueca de disgusto presente al menos no se ha tornado carmesí ni bermellón. Prefiero callarme el comentario. En realidad, nos conocemos tan poco. No quiero resultarle desagradable. Mi poca experiencia me dice que con las mujeres en ese estado es mejor estarse callado, y no decir estupideces. Mi poca experiencia… me dice que ella está disgustada como jamás lo estuvo antes… fue un encuentro desagradable para ella, ¿estará en estado de shock? La sigo observando de reojo mientras oigo el mecanismo del elevador moviéndose. Disgustada como jamás lo estuvo antes. Mi poca experiencia. Las mujeres pueden herir a los hombres en lugares que nadie puede ver ¡nadie! En lugares que te quedan doliendo el resto de la vida. O, si uno tiene suerte, entumecidos para siempre. Pero, ¿por qué? ¿Por qué? ¿Por qué comienza a comportarse ahora de esta manera? ¿Acaso siempre fue así y nunca lo noté? La observo de perfil pero no sé qué decir y menos qué callar. Callo todo. Tan sólo me gustaría decir que… pienso… me gustaría decirle que no soy el tipo de hombre que…

– ¡Mierda! ¡Mierda!

Giro mi cabeza en su dirección, oprime tres, cinco veces el interruptor del ascensor y su ruido lo delatan un poco más cerca cada vez.

–Hotel de mierda. Ascensor de mierda.

No oculto mi sorpresa, y una sonrisa de incredulidad siento nacer en mi rostro. Pero ella no me mira, oprime el botón una vez más. En vano. El mecanismo del ascensor y su ruido lo delatan más cerca. ¿Qué extraña personalidad brotó en ella tras el disgusto del insecto?

5

De repente, me hubiese gustado ser más precavido, elegir a otra persona para compartir mis momentos o estar absolutamente en un lugar distinto. En el Tibet, quizás, buscando la paz o rompiendo el cráneo de unos monjes. De seguro

ahí no tienen cucarachas ni ascensores. Aunque de seguro tampoco aire acondicionado. Lamentable. Aunque quizás me equivoque en mis conclusiones gestadas en hipótesis y teorías. Así es como la mayor parte del tiempo me equivoco.

¿Debería pensar menos?

¿Debería bajar corriendo por las escaleras buscar una salida de inmediato?

También podría haber saltado por el ventanal cuando tuve la oportunidad.

Debería pensar mejor. Sonrío. Miro de reojo a mi compañera pero ella no sonríe. El ascensor llega, la puerta se abre. Le muestro mi sonrisa esperando sea contagiosa. Pero no es así. Vuelve a tomarme del brazo y me arrastra al interior del diminuto cubículo metálico. Una jaula para humanos.

Nos metimos en el pequeño receptáculo de metal. Nos acomodamos enseguida, apretados, en un tercio del espacio minúsculo. La puerta se cerró antes que pudiese darme vuelta. Mi compañera y yo quedamos frente a un inmenso espejo. Y mientras yo pensaba qué carajos hacía un espejo tan grande dentro del ascensor, mi compañera continuaba con su mueca de disgusto en aumento. Apretados, aproveché para estrecharla un poco más contra mi cuerpo. Se sacudió en clara señal de espacio, pero no era mucho más el que teníamos.

Los otros dos tercios del espacio eran ocupados por un hombre robusto, enorme; una mole de piel oscura y cabello completamente blanco. Por su tono despreocupado, sus manos callosas o las manchas de sudor sobre una camiseta arremangada, no tardé en inferir que se trataba de alguien que hacía el mantenimiento.

– ¿A qué piso van? –Preguntó el hombre. – ¿Suben o bajan? –Y mostró una sonrisa inmensa como él mismo.

–Bajamos. –Le respondí, de inmediato y devolviéndole la sonrisa. –Planta baja.

El hombre movió su brazo, un enorme y velludo brazo, tostado por un calor que me resultaba de otro planeta y cubierto por una delgada placa de grasa y sudor que apenas podía notarse, hasta los botones del ascensor. Con suma suavidad oprimió el cero. Un poco más de presión y de seguro se habría quebrado.

–Muchas gracias.

El hombre se limitó a sonreír.

Comenzamos a bajar pero en el piso siguiente nos detuvimos. Un freno seco y un chirrido al abrirse las puertas. Del otro lado, una mucama. Con expresión de enojo. Miró al hombre de arriba abajo, con un gesto que lo desaprobaba por completo.

–Ah, ya bajás.

El hombre le sonrió.

–Sí, ya terminé.

–Yo también.

La mujer clavó la mirada en el vacío sin más interés en la conversación. Las puertas se cerraron y en el diminuto espacio no quedaba lugar ni para el mínimo

comentario. Apretados como estábamos, sólo alcancé a divisar la mueca de disgusto de mi compañera reflejada en el espejo del fondo. Así que alguna utilidad tenía. Y agradecí que no sufriese claustrofobia. Intercambiamos miradas cómplices para comprobar que no la estaba pasando bien en aquella superpoblación. Pero apenas moviendo los ojos le di a entender que nada podía hacer, y después corrió la mirada. Agaché la cabeza, limitándome a escuchar la conversación de los otros dos.

–Deberías cambiar la cara. –Dijo el hombre a la mucama. –Questén enojados con vos abajo no tendrías que darle tanta bolilla.

– ¿Y a vos qué te importa, viejo metido? –respondió la mucama con fingida indignación, prácticamente teatral. –Al menos yo estoy fichada y vengo toditos los días.

Pude ver la sonrisa del hombre ensancharse aún más (¿Aún más? Sí, aún más), y replicar:

–Por eso mismo. Encima que tenés que ver a tu patrón todos los días…

– ¿Perdón? –Lo interrumpió la mucama. –No es mi patrón el muchacho ese. Es el que me paga el sueldo...

–Tu jefe entonces.

La mujer soltó una carcajada latosa.

– ¿No querrás decir el encargado vos? El que te contrata a vos. Tu jefe, en todo caso. –Y levantó la cabeza en un gesto despectivo. Acto seguido, el ascensor detuvo su marcha y se abrieron sus compuertas. Sin modificar su gesto altivo, la mucama salió. Y de inmediato nos acomodamos un poco mejor en la incómoda posición que nos había tocado.

–Mejor uso las escaleras. –Dijo la mucama, enojada, a las puertas que se iban cerrando. El hombre movió la cabeza de un lado a otro y no tuve más panorama que la complicidad de sus ojos.

–Todas locas. –Dijo sonriendo entre dientes. Le devolví la sonrisa una vez más. Observé el número de piso en el que nos encontrábamos. Faltaban dos para la planta baja. Un incómodo silencio comenzó a propagarse de inmediato por el minúsculo ambiente. Por el reflejo pude comprobar que nacía en la mueca de disgusto de mi compañera. Se me ocurrió que una conversación desinteresada sería lo mejor para deshacer aquel mutismo.

–Es un buen hotel. –comenté mirando al hombre. –Un edificio grande, tendrá sus años seguramente pero parece bastante nuevo.

El hombre me miraba, todavía sonriendo pero sin demasiada curiosidad. De seguro intentando adivinar de qué hablaba, a qué venía lo que estaba diciendo. Yo estaba tratando de descifrar lo mismo.

–¿Sabe de qué época es el edificio? –Acabé preguntando, al azar.

El hombre respondió sin dudas:

–Lo inauguraron en el 73 o en el 74 calculá.

– ¿Siempre fue hotel?

Con los ojos cerrados y ya sin sonreír, como si le estuviesen tomando el pelo, contestó:

–Pero claro, hombre.

Sin más por preguntar no hice sino quedarme mirándolo fijamente, con absoluta sinceridad que no estaba bromeando.

–Siempre el mismo hotel. –Continuó el hombre. –Algunos arreglos acá, allá, pero siempre el mismo hotel. Yo arranqué como contratado en el 81 y te puedo asegurar que no hicieron casi ninguna reforma en todos estos años. Ya lo van a venir a declarar edificio histórico y le van a poner rejas, vas a ver.

Finalizó con una sonrisa que no pude corresponder porque un rostro desde el espejo reclamaba mi silencio. Tampoco entendí la broma.

Las puertas del ascensor se abrieron y mi compañera y yo descendimos a la planta baja. Ella puso ambos pies fuera de un saltito apresurado. Yo me di vuelta para dirigirle un saludo al hombre de mantenimiento, pero las puertas ya habían vuelto a cerrarse y el ascensor continuó su descenso hacia los subsuelos.

Dirigí mi mirada al vestíbulo. Pequeño y de tonalidades celestes, con cerámicos inmensos que, calculaba ahora, tenían más de treinta años. Al fondo, la recepción era una barra sobre la cual un hombre aguardaba observando la pantalla de un monitor.

Pero su paz era inestable.

Mi compañera le dirigía sus quejas con áspera voz. El hombre trataba de calmarla mientras tomaba un teléfono negro y le decía que ya estaba llamando al gerente. De paso, me dirigió una mirada de reojo, pidiéndome intervención supongo.

– ¡Cucarachas! –Seguía diciendo mi compañera, sin contener su sensación de asco, en excelsa indignación. –¿Cómo puede ser que tengan habilitación si lo hacen a uno dormir con cucarachas? ¿No saben, acaso, que esos insectos son capaces de meterse en el oído de una persona mientras duerme? Eso por no decir la cantidad de enfermedades que transmiten…

Sin apuro, me acerqué a ella y, tomándola de la cintura, intenté besarle la mejilla en un gesto amistoso. Pero no me lo permitió.

El recepcionista, de espaldas a nosotros, colgó el teléfono y ella se separó de mí.

–Enseguida baja el gerente. –Nos informó y mi compañera dejó escapar un afilado:

–Gracias.

Intenté asirla hacia mi lado, pero permaneció inmóvil ante la recepción. Aguardando. Unos pasos más allá, una zona de mayor confort se extendía llamando a mis pies, y me dejé caer sobre un inmenso y mullido sillón del lobby. Había un televisor igualmente inmenso al cual no presté atención y un grupo de personas que lo miraban con diferentes grades de interés.

Paseé mi mirada sobre sus rostros.

Una mujer me miró y me sonrió. Incliné mi cabeza en señal de saludo pero se limitó a seguir mirando el aparato.

Dirigí una mirada a mi compañera, firme ante la recepción, de espaldas y de seguro furiosa. En ningún momento me dedicó un gesto, siquiera una mirada.

6

Unos minutos después, por las escaleras, apareció un hombre de aspecto jovial pero un cabello canoso que revelaba su edad verdadera. En mangas de camisa y con manchas de sudor que se formaban débilmente en sus axilas, no tardé en descubrir que aquel era el gerente. Me puse en pie y me acerqué unos pasos. El hombre extendió su palma derecha a mi compañera para estrechársela, pero ella no recibió el gesto de cordialidad. Lo miró fijamente a los ojos, y yo apenas alcancé a captar algunos fragmentos de la conversación.

–Su hotel está infectado de cucarachas. –Mi compañera se lanza al ataque, furiosa.

–Mil disculpas, señora. –Comenzó a decir el hombre. –Su queja es válida, pero sepa que es un problema general, no sólo del hotel. Habrá visto, al salir a la calle, que nuestra ciudad es una vez más un caos. El paro de los recolectores de basura ha creado mayor acumulación de residuos de la que suele haber. Aun así, las empleadas de limpieza tienen el deber y la obligación de esparcir desinfectantes e insecticidas en cada una de las habitaciones sino dos, al menos, una vez al día. Eso suele ser más que suficiente, sino para eliminar, al menos para alejar a estos insectos. –El hombre se contuvo para tomar un poco de aire. Su monólogo prosiguió con la misma fluidez, un poco como si estuviera estudiado de antemano. –De seguro la mucama que limpió su cuarto cometió una ligera imprudencia, por eso le repito, sepa disculpar.

El rostro de mi compañera se había ido calmando y, cuando el gerente concluyó, ella tan sólo se mordía el borde inferior del labio.

–Debería elegir mejor a sus empleados, gente responsable, que se interese en el bienestar de los clientes, ¿no le parece?

–Le doy toda la razón, señora. Le repito, sepa disculpar este pequeño inconveniente.

Pero la palabra “pequeño” hizo saltar una risa nerviosa y despectiva del interior de mi compañera.

–¿Pequeño? –Su rostro se crispó de indignación. –¡¿Pequeño?! Sepa usted que soy entomofóbica. No tolero la visión de esos seres, pierdo el control, enloquezco. ¿Tiene alguna fobia usted? ¿Tiene idea de lo que es un ataque de pánico? ¿Sentir que no le alcanza el aire? ¿Qué se va a morir? –El tono de su voz iba en ascenso progresivo. El gerente agachó la cabeza y me dirigió una mirada que no supe cómo interpretar. Cerré mis ojos un segundo, tratando de no pensar. Un aturdimiento exterior me ayudó. Cuando volví a mirar, una de las vigas del

techo se había soltado. Uno de sus bordes rozó mi cabeza. Lo supe unos segundos después, cuando en un acto cuasi reflejo, pasé mis manos por la zona donde había recibido el impacto. Las palmas estaban rojas. Miré en dirección a mi compañera, su cuerpo yacía bajo el resto de la viga que había cedido por motivos desconocidos. El cuadro era horrendo. Sus miembros se habían separado y su cuerpo se hallaba doblado al medio, cayendo hacia un costado, como una muñeca en mano de un niño demasiado sádico. Su rostro tenía impresa una mueca de sorpresa. No parecía expresar ni rastros de la furia anterior. Me pregunté si habría sentido dolor. Una punzada en mi cabeza me hizo creer que era demasiado pronto como para hacerse preguntas.

Miré en dirección al gerente, pensando en pedirle ayuda. Pero lo único que vi fue su cabeza con la mirada congelada y un río de cucarachas que hacía desaparecer la carne de su cuerpo con una velocidad de pesadilla. No hubo ningún grito. Tampoco tiempo para eso. No hubo siquiera la capacidad de comprender qué estaba sucediendo.

Retrocedí unos pasos y eché a correr en dirección al lobby, pero me cerraron el paso y me rodearon. Permanecían inmóviles, pero estaba a su merced.

Cerré mis ojos una fracción de segundo, y, cuando volví a mirar a mi alrededor, todo se había desvanecido. ¿Era esto el producto de mi imaginación? ¿Acaso estaba soñando? De la nada misma, de la pura oscuridad, surgió una luz a través de un rasguño en el aire. Y luego, la luz me encegueció. Creo que morí. No estoy seguro. Todos los eventos se escapan de mi entendimiento. La luz, el blanco, enseguida vuelven todo negro. Una luz verde titila como un punto sobre una pantalla. ¿Qué esto? ¿Dónde estoy?...

…

…

…

... Estás en:

I N I C I O . . .

- *Diferenciación. Y muerte celular.*

Una proteína receptora que reconoce la molécula señalada y responde específicamente a ella.

Resumen de la conferencia por Steve Barnes, Licenciado con grado en Ciencias Químicas, especialista en funciones celulares degenerativas…

(Cuando los procesos de muerte celular están incrementados…):

–Mediante un sistema complejo de apoptosis y por necrosis, los diagramas en las micrografías obtenidas mediante microscopía de transmisión, el suicidio y la muerte celular...

Dos secciones. La Lesión y Muerte Celular. Mediante una inducción de respuesta inmunológica contra antígenos virales o celulares, alterados por el virus. Las "lógicas" de la muerte celular "programada". La necrosis es el resultado, mediante hormonas será la familia de los receptores de la muerte celular.

–A fin de facilitar la lectura del manuscrito– Dijo. *– Lo hemos distribuido en países de Golfo Pérsico.*

A las 8:40 a.m. un hombre identificado a la prensa sólo... *Por las peculiaridades que presenta,* también será conocido como *"suicida celular"* o *"muerte móvil"*.

–En contraste con la necrosis, que es una forma de muerte celular resultante de un daño, estas células autorreactivas serán eliminadas mediante apoptosis.

Hombre muere por la explosión de su teléfono celular.



EPISODIO TRES:
LA HORA DE LOS PENSAMIENTOS SINCRÓNICOS

1

A la vista de todo el mundo pero sin llamar la atención de nadie, la pantalla muestra la cámara criogénica donde descansan, en larga hilera, los altos ejecutivos del Congreso.

Densas nubes radioactivas irradian fosforescencias cuyo resplandor llega al grupo inmóvil. En primer lugar nos encontramos con lo ojos cansinos de un anciano, la piel resquebrajada y congelada en la expresión dura. A su lado, una mujer esbelta de aspecto fantasmagórico, envuelta únicamente por un tul blanco. Y detrás de ellos un niño muy pequeño, de piel tersa y ojos cerrados, detenido antes de aprender a balbucear. A la derecha hombres y mujeres de diversas edades, sin vínculo aparente con los primeros tres a excepción del logotipo de Congreso estampado en sus recámaras. El suelo de mármoles blanquecinos, impecable, ninguna memoria guarda más que el repetirse de aquellos resplandores que penetran del exterior.

2

Hamano Kazuma se encontraba en su cuarto de observaciones, leyendo El mundo invertido, una extraña novela de ciencia ficción de tintes sociológicos, mientras sonaba Mad Season en su reproductor móvil. Rosa915, su novia androide, preparaba un delicioso pastel de tulipanes para el almuerzo. Era mediodía. Vivían en una cápsula de invierno típica, con la forma de un iglú y apenas un poco más grande armado con bloques de plástico y chapas de amianto, para resistir un poco mejor las altas temperaturas que había dejado la última devastación climática, cuando una parte del sol estalló y se separó, dejando al astro convertido en una especie de medialuna y a su separación, a una distancia considerable, pero rotando armoniosamente en aquel vacío oscuro, como decían los científicos de la tele. Los mismos suponían y difundían la hipótesis que el desprendimiento acabaría por alejarse de nuestro sistema solar en un eterno deambular galáctico, pero le llevaría eones. Mientras, nos alumbraría con su resplandor por varios miles de años más, luego quedaría como una más de las estrellas y el calor excesivo que se sentía daría paso a momentos de menor temperatura, pero para entonces, estaban convencidos los científicos, ya se habrían tomado los recaudos necesarios.

El estómago de Kazuma comenzó a rugir débilmente, y pensó que lo mejor que podía hacer era darse un descanso de cinco minutos para fumar un cigarrillo y engañar el estómago hasta tener listo aquel pastel de tulipanes. Sin embargo, algo

dentro de la historia lo obligaba a permanecer en el cuarto, una serie de hechos que exigían explicación lo envolvían en incógnitas que necesitaba despejar. En cierto sentido, adentrarse en la lectura era, para él, una obsesión que lo remitía a sus tiempos de juventud y soledad, donde no tenía más para sí que libros de cuentos de Horacio Quiroga para evadir el confinamiento. Siendo refugiado marroquí no le permitían salir a la calle mucho ni asistir a una Escuela Normal, por lo que sus padres adoptivos lo mantuvieron distanciado de todo contacto local.

Esta distancia tampoco lo hacía muy popular entre las personas del barrio, quienes comenzaron a llamarlo porcelana marrón y a contar historias inverosímiles sobre el poder de los marroquíes para echar maldiciones con escupitajos. La crueldad del mundo cotidiano con la cual uno está obligado a luchar. Pero la lucha constante finalmente le dio cansancio y, en cuanto pudo, consiguió un abogado para brindarle la emancipación y poder conseguirse un lugar propio donde nadie lo conociese de nada. Así fue como se mudó al distrito M, un barrio pobre, superpoblado, en un suburbio de pequeñas industrias. No lo hizo en busca de lujos, sino por el contrario, en busca de reclusión y espacio para poder ejercitar tranquilamente su disciplina: la lectura. La lectura era un acto mágico, la predisposición mental a la abstracción, el texto podía brindarnos más o menos herramientas para completar el cuadro a partir de conceptos, imágenes o acciones, y otros universos se presentaban delante de uno. Universos fantásticos lindantes en una vigilia onírica en los que la individualidad se extinguía y tan sólo se presenciaban hechos de seres de otros planos. De repente, entre aquello papeles impresos, comprendía que el libro constituía un objeto mágico que permitía el diálogo con seres que alguna vez habían experimentado la terrenalidad y que ahora viajaban hacia mundos imposibles por caminos inimaginables. Precisamente aquello era lo que obligaba a Kazuma a proseguir su lectura, la capacidad de abrir nueva puertas dentro de su propia conciencia y extinguir su propia presencia. Como un monje zen, quien busca el nirvana a partir de la meditación, Kazuma pretendía trascender su propia corporeidad y cotidiano mediante la proyección de continuas e infinitas situaciones en su propia conciencia.

Pero, ¿por qué esta negación? ¿Por qué estas conductas que conducían a la entropía y la alienación? Muy bien, Kazuma tenía una teoría que pensaba corroborar con El Vinchuca: que todas aquellas conductas se basaban en una premisa bastante soberbia: ninguna entidad inteligente se pondría en contacto con seres humanos. Y en base a ello se gestaban opiniones distorsionadas que distorsionaba, a su vez, el propio entorno, convirtiendo las texturas de la realidad misma en pixeles y grafías virtuales que anulaban la percepción un poco más y más, como capas capaces de superponerse infinitamente, y cuyo fin anhelado representaba, para Kazuma, su *summa absoluta*. Una ecuación que podía resumirse a X=0 y que en su proceso descomponía percepciones hasta alcanzar un inverosímil estado de muerte conciente.

3

Pero la repetición más insoslayable no es la del congelamiento: algunos interesados se acercaron, cuando aún había tiempo, entregando grandes sumas sólo por obtener un poco más de información de una práctica que nunca pasó de ser experimental. Por eso, no es para todos, dicen, intentar engañar a la muerte.

Ahora, entre ellos mismos en severo desnivel, y alrededor de las cámaras criogénicas donde aguardan completos desconocidos, desarrollan actividades para proteger a quienes descansan. Y uno pensaría que allí, en aquel recinto hermético, a resguardo de un mundo tóxico y devastado, seguirían construyendo y creando, ideando modos de salir adelante, reconquistar el exterior, dejar sus puestos como meros observadores de control.

4

Siendo temprano, de mañana, Darío Binchucarat abrió las puertas una vez más al intento de percibir con la velocidad adecuada ese barrunto más allá de cantos de aves que sonaban fuera, o el paso de los vehículos por la calle, autos, motos, camionetas, y siempre un poco más acá: el ladrido de los perros. Siempre el ladrido de los perros.

Desde cuándo lo había seguido aquello, lo ignoraba; recordaba vagamente un cuento que le leía Kazuma siendo pequeño llamado "El sabueso", pero no podía precisar el momento en que su sentido de la percepción se intensificó en la persistencia cotidiana de estos sonidos. Un poco como le ocurre al protagonista de El silenciero, obra de Antonio Di Benedetto. Estando en la casa, en la escuela o en el gimnasio, de repente, resonaba algo que sólo escuchaba el. Y no había caso en buscar conversación con amigos.

Ese había sido su secreto obsesivo durante toda su adolescencia, y ahora no había sino evolucionado hasta volverlo un ser retraído y distanciado. Una psicopedagoga, muy preocupada por cambiar los pañales a su anhelado primogénito en casa, pensando en los horrores que estaría haciendo esa niñera contratada a última hora por su marido con la excusa que era una gran cocinera, lo diagnosticó en quince minutos: dificultades de aprendizaje. Nada más desacertado. Aquello que se había guardado en lo profundo del corazón, resurgía varias veces al día, contaminándolo todo y, alguna vez, impidiéndole salir de su propia casa.

Darío estaba seguro que aquellas bestias lo atacarían. El temor morboso dio paso a una fobia enajenante de salir armado y comenzar a disparar a todo perro que anduviese cerca. Disparaba a quemarropa, con los ojos cerrados, y acompañando el ruido del arma con un grito sonoro para evitar el zumbido que quedaba e sus tímpanos tras el disparo. En aquella ocasión, armaron un cordón policial para detenerlo luego de que aniquiló a todos los perros de su barrio. Los vecinos pedían al Municipio la pena de muerte para Darío. Claro que, como no

había herido a ningún ser humano, las autoridades no tuvieron piedad alguna. Le dieron cinco años de calabozo, recluido con la calaña más baja del pueblo, tipos como el Rana, Infra, Sub-Zero, El Chino Melo o Raiter, que estaban allí de por vida, lo atormentaron a lo largo de aquellos cinco años. Sometido al dolor y la humillación, cada noche lo hacían dormir en calzoncillos sobre los fierros chatos de una cama con todos los olores desagradables de una situación así.

La noche era lo peor. No dormía. El ladrido de los perros resonaba, a lo lejos, y sentía que cada sonido punteaba en lo profundo de su alma, y comenzaba a gritar. No dormía. Tampoco dejaba dormir a los reclusos. Lo apuñalaban varias noches para que los guardias se lo llevasen al área de enfermería donde, con suerte, si el Chino Melo no se había inyectado la droga, lo sedarían. Caso contrario, terminaría, al menos, en la enfermería, donde él continuaría escuchando los ladridos, sí, y acompañándolos con sus gritos. Pero al menos, los ruidos estarían amortiguados para el pabellón. Y los que no dormirían en toda la noche serian los infelices de la enfermería. Esos giles que, porque hicieron una carrera o son muy débiles, hacen buena letra para una reducción de condena. Los que tenían perpetua los odiaban. Los otros, les tenían temor. Sin embargo, después de varias noches sin dormir, resolvieron que lo mejor seria entrar a Darío con ellos y dormir todos bajo el efecto de algún narcótico. Ninguno se opuso. De esta manera, se evitaron los posibles conflictos.

Aquel último año de su condena, Darío la pasó en buena compañía. Sentía que tenía algo en común con aquellos hombres, la imposibilidad de refrenar un impulso homicida. Compartieron comidas y descorcharon vinos que metían de contrabando. Tenían que entregarles uno a los de perpetua para evitar la envidia. Cuando Darío se recuperó, se ofreció para la entrega. Los internos de la enfermería se mostraron de acuerdo y lo enviaron a encontrarse con el resto del pabellón. Cuando estuvo frente a ellos, lo miraron con desprecio y le dieron la espalda. Sólo uno de ellos se puso frente a él. Con una sonrisa. Raiter. El más hijo de puta. El que lo único que hacía era mirar. Darío le entregó la botella, y mientras el otro cotejaba la etiqueta para hacer algún comentario de sommelier, le clavó tres puntazos a la altura del cuello con un cuchillo casero. El resto del pabellón quedó asombrado, pero no dejaba de parecerles despreciable. Lo rodearon y lo tomaron de pies y manos, utilizaron sus cuchillos caseros que ellos también tenían. Lo apodaron El Vinchuca, le tatuaban dibujos alusivos con cortes en la piel. Otros lo penetraban. En el frenesí, sus genitales fueron mutilados. Los testículos quedaron en el piso del pabellón y su miembro tronchado al medio, verticalmente. La sangre profusa s mezclaba con el semen. Y cuando el último interno estuvo saciado lo mandaron de vuelta a la enfermería. Con la botella de vino vacía y enterrada en el orto.

Estuvo siete meses internado hasta poder recuperarse. Claro que, algunas cosas, no se podían recuperar. El único consuelo parecía ser el hecho de que los cinco años habían transcurrido finalmente. Darío había muerto ahí dentro. Lo que salía ahora solamente respondía al nombre de El Vinchuca.

5

Hay una continua repetición en congelarse. El edificio entero, incluso cuando todos vivían, permanecía cerrado, y con el fin de los días comunes ya nadie pudo entrar ni salir de nuevo.

Ahora que la muerte acaricia las puertas, intentando abrirlas, todos asisten a la repetición de las mismas actividades, los mismos pensamientos. Como si todos respondiesen a una misma mente universal y sistemática que sincronizase cada una de sus percepciones. El sueño indeterminado de los congelados es la vigilia sin consuelo de sus protectores.

6

Ofrecen su comida para conseguir dinero. Llueve, húmeda lluvia de las que necesitan en La Cosecha. Nadia les pide dinero. Y comida. Pero de momento sólo hay agua y aire. Nadia se relaja con algo de aire y transforma sus propios deshechos en comida a través del oxígeno. Estaba segura que eso les complicaría conseguir dinero.

-Nosotros compartimos, todos, esta función corporal. El cuerpo físico repele el agua para irnos erosionando. El agua es escultora y creadora. El agua soy yo.

El agua. La lluvia.

-¡Ey! ¿Qué pasa?

-El cuerpo físico habla por la comida, para hablar necesita dinero.

El cuerpo físico es, en gran medida, la boca. Me hablo a mi mismo para crear la multitud. Las manos de aceite son yo. Olvido mi alimento, mi comida ahora es el cielo. Me alimento. Escribo sobre mí, sobre ti, advirtiendo tu existencia y amenazas hasta volverlas agua.

Ahora es de otros el azul del cielo.

-Quito de mi mente el temor a mi propio cuerpo. Ahora soy aceite. Ellos también. Sus bocas son mi boca.

Ellos quieren la comida. Yo estoy comiendo. Él tiene una boca, ella tiene el agua. El agua antecede al aire, el conflicto está en uno. Y pasa Nadia. Dos veces. Pasa Nadia… se borra de mi mente y es olvidada. Discuten el aire por dinero. El agua de lluvia les da dinero. El agua es comida, no lo que uno respira. Me multiplican las palabras que van saliendo de mi boca mientras como. La comida implica un acto creativo. Ella tiene el agua, él tiene la afirmación. El agua odia el cuerpo de uno. El cuerpo se alimenta del odio que hay entre ellos. Sangre, color rojo, temor. Dos veces el cuerpo discute con el agua. Ella tiene el agua, la boca la tiene él. Mi boca es cuerpo del aire. La comida es agua que borra nuestras mentes. Las manos interfieren el temor. La boca se hace agua, y el aire, cuerpo. Se repite el conflicto por dinero propio. Multiplicando el conflicto, el temor transforma la

escritura a muchos. Las palabras las lleva el aire, las reproduce hasta quitar la respiración, el oxígeno lo afirma en un ademán femenino: la ubicación de Nadia.

Las palabras se volvieron discusión en el aire que compartían. El cielo estaba limpio, la comida hervida y yo… Nadia abrió su boca en la habitación. Sus palabras fueron agua, comida y, finalmente, discusión. La boca de Nadia se llenó de aire. El cielo estaba limpio.

Comieron aceite y grasa. Se pelearon por el agua creyendo ser los únicos dignos de beber. Muchos padecían histeria. El cielo estaba limpio, pero ellos no. Eran un cheque en blanco sin fondos. Multiplicadas sus bocas, sus palabras, discurrían sobre qué hacer conmigo. El agua era de ellos y ni siquiera pensaban en compartirla entre sí. De nuevo estaba en blanco. Y ellos también. Por el agua. El líquido estaba limpio y por primera vez sentí odio ante mi situación. Comenzó a llover una vez más y todos abrimos nuestras bocas al cielo. Bebimos nuestra respiración y se transformó la habitación que quería borrar de mi mente. Nadia tomó un billete limpio y me lo arrojó, reprendiendo a los otros con quienes había estado discutiendo. Nadia habló. Nadia los odiaba. Multiplicó sus billetes para afirmar su existencia.

El oxígeno en la boca devoraba un ser vivo.

El agua en la boca vino de la lluvia.

Multiplicando el discurso hasta estrangular la fertilidad en las palabras que llevaba el aire al aire, la creación de un cielo limpio implicaba la reproducción de sus egos. El aire de un cielo limpio como hoja en blanco era suficiente alimento. El azul del cielo era blanco, oxígeno reproducido.

Nadia vendía aire, oxígeno en tubos que ofrecía a todo aquel que cruzase. Hasta tuvo un empleado que terminó echando porque no llegaron a un acuerdo en el salario. Se identificó con el aire, el oxígeno, odiado por el dinero que Nadia gastaba en agua. Los comentarios envidiosos se repetían así como el agua se multiplicaba. Comenzó a viajar como un acto creativo para librarse de sí mismo. Sus palabras fueron las mías, un reproche como almuerzo. Tuvo un brote psicótico en la parte inferior de su cuerpo. El aire comenzó a hacerle daño a su sangre. Reparó su cuerpo en el agua, se alimentó de lluvias. Su cuerpo era sólo una boca por la que podía entrar nada más que oxígeno. Se masturbó en el agua, como si fuera su última vez. Sus partículas íntimas deformaron el reflejo de un cielo despejado. Julián Néctar no aparecería aún por allí. Nadia lo sabia bien.

Tenía una bala con el nombre de aquel infeliz, se la tenía jurada, y Julián Néctar lo sabía, por eso se había escabullido más temprano, vaya a saber uno por dónde andaría ya, trepando paredones y robando mujeres ajenas, por la vía de los orilleros, en los recovecos de un libro de obras completas de un ídolo ciego, de golpe desaparecido e inmediatamente erguido leyenda. Pero si eso era lo que quería Julián Néctar, entonces Nadia sería su mayor benefactora. Una leyenda verdadera, de esas que conmueven multitudes, necesita una muerte violenta. Y eso era exactamente lo que Nadia tenía en mente. Con una Colt desvencijada en el bolsillo de sus bombachas de campo, acomodándose el sombrero para que le entre

un poco de aire por la calva prematura, limpiándose los hilillos de sudor que descienden por sus sienes, Nadia no tenía más que perder. Más que lo puesto. Julián Néctar le había quitado lo último que tenía. Su honor. Él le había quitado a la Onírice. Y para colmo de males estando ella ya difunta y enterrada por tres días. Al tercer día Julián Néctar desenterró a la finadita y se desenfrenó en una manía grotesca de fluidos y putrefacción.

¿Qué se hace con un hombre así? La solución de Nadia es simple: tiro en la cabeza. Un tipo con esa enfermedad no sirve. Un solo tiro y a la bolsa. Nadia sopesa el arma en su bolsillo una vez más, chasquea los labios, desanimada porque sabe que Julián Néctar no va a aparecer.

Atrás del árbol de moras en lo de la vieja Elena, mientras la vieja lo observa con desconfianza a lo lejos, desde su vereda. La vieja pasa toda la tarde rodeada de sus perros en un sillón de playa hecho jirones que, sin embargo, bien merecen una mención especial sus caños los cuales salieron bastante resistentes pese al paso (y al peso) del tiempo.

En su habitación, Kazuma dejó de lado la lectura.

7

Kazuma ya estaba muerto cuando el Vinchuca atravesó la puerta. Todo lo que encontró fue un cuerpo vacío, inmóvil. Respiraba, sí. Pero estaba muerto. Los reflejos de ambos se chocaron por un espejo delante de la puerta de entrada. La habitación está cubierta de libros viejos, manchados, descuidados y sin orden alguno. En realidad, proyecciones en tercera dimensión desde un holografo instalado tras la puerta.

-Te lo pasaste bien. –el Vinchuca mueve los labios pero el sonido nunca llega al receptor. No hay comunicación posible. Todo se ha detenido. Hamano Kazuma permanece inmóvil, en su posición de lectura, observando todo. Las pupilas hacia atrás y los ojos en blanco, para ver mejor. Está muerto, y sin embargo…

El Vinchuca retrocede, horrorizado. Kazuma ya no estaba allí hacía tiempo. ¿Por qué había diseñado un sistema de automatización de actividades y se había encerrado allí? ¿Realmente estaba muerto? Desde la cocina se oía el ruido de las máquinas teatralizando una rutina saludable, del mismo modo en que el organismo y las percepciones de Kazuma habían sido prolongados por un dispositivo de repetición para continuar con la comedia de la existencia.

-¿Dónde estarás ahora?

El Vinchuca cruzó una mano por delante de los ojos de Kazuma, sólo percibió el cálido hálito de sus pulmones refrigerando su organismo.

-Ah, si estuvieses vivo…

El Vinchuca se lamentó sin ocultar su enojo y dejó caer un puñetazo sobre el rostro de Kazuma. Su mejilla se inflamó al instante, cobró colores violetas y luego el flujo sanguíneo recuperó la estabilidad de la dermis.

-Nanorobots. –Murmuró el Vinchuca dejando escapar un silbido.

Aquello era todo, no habría ajuste de cuentas posible. Podría empujar al desgraciado zombie de Kazuma a una de las vidas que su máquina había recreado de su fantasía inconsciente.

Sin pensarlo mucho más, el Vinchuca se conectó al proyector holográfico.

EPISODIO CUATRO:
LA EXPLOSIÓN DE UN PENSAMIENTO

1

Quizás nada haya de memorable en aquellos últimos días que vivió Nadia Mubarak. Fue una empresaria de corta pero exitosa carrera. Y, como enseña el venerable Profeta, guardaba un cuidado interés, propio de Alá, en el otro lado de las manzanas.

Pero no era su estilo quedarse atrás. Más de una vez se preguntó a sí misma, ¿quería ser la misma clase de mujer que su madre? Le dieron una beca, y enseguida conoció a Olivia, de costumbres occidentales, y amable, quien no tuvo problemas en abrirle las puertas de su propio hogar para compartirlo. La recibió con las palmas abiertas. Ese encanto que preside las buenas ocasiones, como bien dice el Profeta: No hay día que no presente un fenómeno que nos quiera encerrar.

En este caso, el fenómeno se presentó en femenino. No tardó en utilizar su belleza. Bastaron los ojos una vez para que ella quedara impresa en la mente del padre de su nueva amiga, el reciente viudo Popeye Cincinatti. Pero en cuanto Olivia lo supo, lo insultó con una cuantiosa cantidad de NO.

Pero sus raíces normandas (y en especial su carácter innato) le dieron el tinte ideal para pasar desapercibido. Al final de aquellos angustiosos momentos decidió celebrar una reunión para adquirir nuevo personal para un proyecto.

Agradecer, en una situación así, era lo mejor. Al menos, lo mínimo. Luego uno podría formarse una idea de lo que es ir tratando de ganarse el cielo golpeando a los sospechosos de traición. Nadia estaba incluida en sus planes y le dio empleo como Asesora Regional, algo que le brindó mucha utilidad.

Sin embargo, para cerciorarse que no constituiría amenaza alguna, Leonor obligó a su padre a que la derivaran a su tierra natal, a Irak. En Bagdad, los edificios se elevaban con un solo objeto, ser blancos de ataques terroristas.

En el avión le tocó de compañía un hombre obeso que carcomía los restos de un cadáver hervido. En el pasillo, más platos de ese tipo de apilaban hasta el fondo. Y, ¿qué propósito tenían las camisetas con frases chistosas en una situación como aquella? Para rematar, un interminable documental sobre la amenaza terrorista. Aquello había fijado los territorios de la psiquis.

Una vez en tierra firme, no tardó en ver a los vagabundos violándose a los turistas incautos. Esquivó piernas al aire y torsos desnudos. Oyó entonces la voz del Profeta: había que mudarse con la dureza de un átomo. Recordó entonces sus estudios como bailarina cuando tenía cinco años. Los objetos cobraban el carácter de su propio oficio. Aprendió toda clase de movimientos. Entonces parpadeó. Teletransportarse a sus gozos de Bella Durmiente no era lo mejor.

Tomó una fotografía de una caravana. Era la primera de la mañana. La incorporaron con buena voluntad sobre uno de los carros. Sólo la inquietó la

mirada incómoda de un hombre ganso monstruoso que se mostraba interesado. Le preguntó a qué se dedicaba.

-Soy Asesora Regional-. Le dijo.

-Era de esperarse.- Le respondió. La observó, rebuscó las palabras un tiempo, pero luego dijo simplemente: -Lo lamento.

Ella le observó el rostro. Algo que no le agradaría a ninguna mujer, aquel ganso monstruoso. Se sintió invadida por una urgencia y, buscando en su equipaje, le regaló una de las remeras estúpidas con frases graciosas. No sin desconfianza, el otro aceptó el regalo.

-Muchas gracias. -Lo dijo pulcramente. -Me agrada el color.

Luego le contó que ejercía la prostitución, pero un accidente lo obligó al encierro continuo. Vagaba en busca de un milagro o alguien que le importase una mierda su lastimoso aspecto.

-Ocurrió sin pensarlo, ¿sabe?

Ahora trabajaba en la cocina, pero la única manera de cubrir aquellas costosas peregrinaciones era participar en torneos de lucha libre en los pueblos donde paraba la caravana. Se jactó de haber aparecido alguna vez en televisión. Dijo llamarse Adnan. Y, acercándose un poco más a su interlocutora, buscó escrutar la maleza externa.

Nadia lo miró de perfil, pensando en Popeye Cincinatti, que ya no volvería a ver, por más que le diesen mil nalgadas con un diccionario hasta que se le doblasen las piernas. Aquel placer había sido todo lo que ella había sido capaz de darle para alegrar una vida solitaria.

2

-Todos sabemos que el propósito de esta vida en el mundo es que nuestro país llegue a poner en órbita un satélite que nos permita buscar cualquier clase de pornografía. Y, enseguida, compartirla en nuestros dispositivos individuales con nuestros seres queridos...

Luego empieza a hablar de súper poderes y ruidosamente dispara sobre los vasos vacíos encima de la mesa hasta que le tiembla la voz. Su visión de si mismo es la un mártir. Se va hasta el jukebox, pone a sonar una canción y luego intenta abrir el aparato con un machete. Después se nubla. Cae al piso y pierde la memoria.

Cuando Omar vuelve de hacer trabajos de albañilería lo encuentra así, le da pena y lo ayuda a acostarse. Claro que podía tirarlo a la calle sin culpas, pero Omar prefiere recalentar la sopa y sacrificar su futuro sin culpas. Todo sea por reducir la infructuosidad de las responsabilidades innecesarias. Era apenas una piecita, cuatro paredes. Contra una de ellas, Omar colocó al borrachín. Luego se acomodó encima de él. Lo utilizaba de almohada. El verano los encontraba apenas un poco menos juntos. Pero lo que más disfrutaba Omar de estar con el Rana era que ya no

tenía pene. Al borrachín ya no le importaba. Disfrutaba licuarse el depósito de retiro en litros de Sangre de Viejo. Tenía un tiburoncito que con cantar direccionaba la crueldad de los únicos textos rosados impresos con felicidad.

Cuando hablaban se repetían el mutuo interés en conocer Europa, pero terminaban en Omegle revolviendo lo único amarillo que tenían. Quizás eso era haram. No importaba.

Rana había tenido que dejarle todas sus cosas a su ex mujer. Infeliz, contaba que tuvo darle hasta el frente de la cocina metálica para hombres. Su carta de presentación era digan siempre "no" y obliguen cambiar todos los consejos que reciban.

Rana entreabrió los ojos y quedó mirando fijamente al suelo. Entonces, oyó la voz del Profeta: No era lo suficientemente amable con su bienhechor comportándose de aquel modo, era necesaria una exhibición para justificar ante los ojos del mundo su verdadero potencial.

3

Adnan recordó una inmensa olla donde se hervían los cuerpos de los vagabundos cuando eran reducidos. Algunos, capturados in fraganti, iban a parar con víctimas y todo. Antes de expirar, flotando en el agua que se iba calentando lentamente, se jactaban de quién había cometido mayor número de fechorías. Cada tanto se celebraban entre colegas pero la muerte no tardaba en llegar y nuevos vagabundos venían al caldo. En la más reciente cacería humana, consiguieron hacerse de catorce ejemplares. El jefe los midió a través de su pulgar a cada uno. Al llegar al último, le lanzó un escupitajo de desprecio, y luego sonrió a su grupo. El ofendido permaneció impasible, no merecía arrastrarse por aquel comportamiento (segundos después su visión se llenaría de colores alegres, le habían dado un tubo de ensayo con una peste extraña para aniquilar a aquellos guardianes del orden) se limpió la cara y luego comenzó a lamerse las heridas que le habían hecho. Sí, todo seguía la visión del Profeta: todos en la tierra se inclinarían ante el Azabache. Él, que había sido condenado por una incalculable cantidad de violaciones, lo vio más como un acto de justicia poética, porque era, en realidad, un reconocido ejecutor del Kama Sutra. Cuando lo apresaron les mostró sus tatuajes con las palabras sagradas impresas a lo largo de su cuerpo. Pero le removieron la epidermis a cortes y latigazos. El tatuaje se deshizo con el drama de un mundo próximo a concluir, interminable y doloroso.

Despertó en la carroza. La mujer de enfrente lo miraba distraídamente. Tenía muchas ganas de hablarle, pero ella enseguida dobló la vista y fingió leer un folleto que llevaba dentro de su bolso. Así que miró fuera, enfocándose en el camino y preguntándose si con él se podría entablar conversación. Pero sólo el silencio le respondía. Estaba amargado como quien fracasa en un intento crucial. Porque sabía que ya nunca más resplandecería como en sus años dulces. Los

pétalos habían caído con el hambre de pinzas candentes y picanas mojadas. No había milagro.

-Precisamente eso es el mundo. -Decía Rana a todo aquel que se detuviese a oírlo. Había meditado sus días en el Corán, pero a ritmo improvisado, lo que no es bueno, pero a nadie le importan la voz anónima de un desgraciado campesino alcohólico. Sin embargo no por eso dejaba de creer que tenía una misión especial encomendada por el Profeta: Quitarle las vendas a su pueblo.

Acabó cayendo en un charco en la plaza tras una ferviente declamación de este tipo. Fue entonces cuando Nadia lo vio y sintió lástima por él. Lo ayudó a ponerse de pie. Él se lo agradeció largándole un pellizco en el culo.

-¡Descarado!

Así es la gente de por aquí, si uno se muestra amable enseguida tratan de sacarle ventaja, pensó Nadia de mal modo. Sin embargo lo invitó a cenar al hostel donde se hospedaba, el Laguna Negra. Rana jamás había recibido invitación de extranjero alguno, pero considerando la ayuda y que era un sobreviviente se convenció de que aquel evento era el homenaje pospuesto que se merecía. Progresaron en una amena charla donde cada uno dibujó superficialmente los pormenores de sus situaciones. Pero no tardó en hacerse tarde y Rana dijo que lo esperaban en su casa. Sin embargo, omitió el nombre de Omar. ¿Acaso esta misteriosa mujer no le había contado que sentía inclinaciones por la raza gitana? Rana tenía la oportunidad en su sangre. Claro, que si ella no era realmente gitana no habría problemas en reposar carentes de profundidad. De por sí, su atención se mantenía en la botella. Rana agradeció al cielo por haberle enviado una mujer que compartiese sus gustos y enseguida prometió un sacrificio de conejos de pascuas. Aún había en él cierta tendencia a la tortuosidad. Pero era tiempo de ponerse en pie. Se fue arrastrando. Volvió merodeando en un recuerdo de él mismo recién llegado a Occidente, donde gesticulaba exageradamente para no ocultar su sangre. Le ofrecerían gomas de mascar y bebidas energizantes. Él los asombraría con el relato de las propiedades de la Datura, medicina y refugio los gitanos.

4

En la plaza central, se encargaban de repartir anticuerpos. Una improvisada carpa con el logotipo de la Corporación Minerva era la responsable de tan humanitaria tarea. Como para formarse una idea. Más tarde Valeria se arrepentiría de ello. En aquel entonces aún estaba dispuesta a combatir, pero la empresa tenía una agenda bien distinta. Cuando la ascendieron tomó conocimiento de ciertas operaciones de las cuales la convencieron de no hablar. Como si fuera un cowboy, la enviaron a Bagdad a montar un pequeño laboratorio. Principalmente para estudios biométricos. Interés personal, la antropología y la música étnica. Frecuentaba los pocos bares donde había algún grupo de músicos tocando, consciente del riesgo que suponían los delincuentes y atentados terroristas.

Presenció un par de ataques de este tipo y volvió temblando a su departamento. Un verano, diez jóvenes la venían siguiendo recitando las enseñanzas del Profeta en su idioma. Pero antes de que pudieran hacerle algo, sintió una explosión a sus espaldas. Chilló. Todos sus perseguidores estaban muertos.

El resto de la ciudad no era mucho mejor. Era el infierno para los jóvenes. Bebían datura y celofán de chocolate. Debía cruzar las calles brincando cada día para hacer su recorrido. Al final, resignada, disfrutaba de estos obstáculos como si se tratase de un juego infantil. El día de su cumpleaños la nostalgia y la distancia le impusieron un tono teatral que le duró todo el día, hasta que le recetaron tranquilizantes. Fue en esa atmósfera somnolienta cuando se dejó seducir por uno de los hombres del bar, un musulmán devoto pero débil ante la carne. Al dí siguiente despertó sola, sin un centavo y sin su cámara de fotos. No hizo escándalo de ningún tipo. Se encerró en su cuarto. Tomó unas cuantas pastillas de más e interpretó su suerte hacia atrás. No era un cadáver más animado que un par de tijeras.

Lo que ella sabía no lo dijo. Ningún otro lo sabía.

Y por eso mismo estaban las cámaras en la alacena. Las había colocado la Corporación Minerva para cuidarse el pellejo. La cámara se apagó entonces y un visitante inesperado se hizo presente. Adnan había recibido el mensaje enseguida. La situación así lo requería. Despejó el cuadrilátero improvisado y robó un vehículo con el conductor desmayado y su familia en la parte de atrás. Los obligó a baja un poco más adelante.

Adnan no podía presentarse acompañado. Además, no quería que nadie interfiriese. Venía observando a Valeria hacía meses desde la cocina del *Patna*, uno de los bares donde solía trabajar. Se sintió transportado a su adolescencia. Quedó enamorado. Hubiese dado cualquier cosa por tener oportunidad de hablarle. Pero no sólo se interponían sus responsabilidades. Adnan se lamentó entonces de ya no ser el bello mancebo que otrora cautivó a los sodomitas de los cinco continentes. Era emborracharse todo el día libre y hablar de aquellos vestigios de memoria donde se veía a sí mismo como un joven Apolo. Entonces era tiempo de sonrisas. La vida seguía. Se preguntó por qué Valeria habría tomado aquella decisión. Después de todo, la vida no era más que todo, porque sin ella estaríamos muertos. Se preguntó luego en qué otro momento podría tener una oportunidad como aquella, de presentarse y salvar la vida a una mujer que lo obsesionaba. Claro que tal vez jactarse de una desgracia no era el comportamiento más adecuado. Adnan intentó recordar alguna frase del Profeta referido a ello. Pero no recordaba ninguna.

-Entiendo… No es detalles sin más Mmm…

Adnan le pidió que repitiese sus palabras. Pero ella, devanecida en el suelo, se limitó a decir:

- No... Mucha utilidad femenina...

5

La última vez que Omar estuvo frente a una mujer se comportó como un cretino. Se lamentaba con llantos por la amenaza que el otro sexo amenazaba el futuro de la civilización. Por las mujeres era que el nombre no había evolucionado nada desde los tiempos de Cromañón. Bastaba una prueba: aún seguíamos empuñando el hacha. Esto ocurrió frente a la madre de Rana, en un viaje épico que realizaron para visitarla con motivo de su cumpleaños. A regañadientes Omar emprendió el viaje. No le agradaba la idea de dejar a Rana más desamparado de lo que ya era.

Aquel viajo sirvió para denotar la sensibilidad de la cual adolecía Omar. Repitió más o menos el mismo número en cada uno de los 5.647 burdeles donde se detuvieron. Lo único que calmaba a Omar era el televisor. Compartieron alegrías presenciando algunas luchas al aire libre donde el gran Adnan se presentaba levantándole el dedo del medio a su contrincante y luego aplastándolo. Los cerebros de los presentes sufrían entonces una carbonización espontánea por aquellos impulsos de violencia. Adnan también sufría un deterioro similar. En el paroxismo de algún esfuerzo alucinaba que era Batman y saluda triunfal a la audiencia. Omar estalló de alegría cuando el gladiador se acercó a saludarlo. Adnan le obsequió un cristal que Omar recibió con lágrimas en los ojos. Pero esto no pareció un gesto de mera generosidad. Concluido aquel viaje y regresados al hogar, Rana examinó con desconfianza la naturaleza de aquel regalo. En el silencio de la noche, aguzando el oído descubrió débiles ruidos que provenían del cristal. Era, sin dudas, uno de esos prodigios que se le atribuyen a los djinn del desierto. Intentó prenderle fuego a escondidas de Omar, pero lo descubrió a tiempo y lo derribó de una bofetada. Rana le devolvió el golpe, pero con tal mal suerte que cayó tan pesado como era sobre la alfombra de la sala principal.

Al despertar, la mujer comiendo mermelada fue la primera figura que se le apareció, desprevenido. Se restregó los ojos de la misma forma en que lo hace alguien que observa gusanos. Sentía el abandono de sus fuerzas. Abrir los ojos fue todo un logro. La mujer le sonrió en silencio y Omar sentía que le faltaba el aire, a la vez que le faltaban el respeto. Sus ojos se encendían de sorpresa. Ella leyó cada uno de sus movimientos. Incluso desde antes que atraviese las puertas. Todo comenzó con la huída de una de esas tribus del Profeta. Recordaba un conjunto de hombres, en una caravana, meditando absortos en el desierto. Corrió hasta llegar con un extranjero que le dio una buena suma por el Corán que se había hurtado, pero más motivado por la caridad que por el interés religioso. El extranjero le leó algunos pasajes en voz alta, pero la muchacha, entonces, comprendía prácticamente lo mismo que ahora. Lo observó en silencio y comenzó a despedirse entre disculpas, pero desconfiando de las miradas lascivas del oportuno comprador. Le rogó que se quedase, la necesidad era muy imperiosa. Se excusó diciendo que no hacía aquellos negocios. De hacerlo corría el riesgo de acabar húmeda y azul, sin perder el equilibrio ni un pie, pero esto que ahora le decía le

recordaba el anuncio de un sueño "Sí, la oreja lo sabe todo, ¿me escucha?". Y el pensamiento la llevó a imágenes aún más fugaces de una infancia de pantallas, desde Pooh a la imposibilidad de detenerse en las mil películas de su memoria. Era como asistir a una maratón en su íntima sala de cine neuronal donde pasaban de todo. Desde los clásicos a lo más contemporáneo, sin descuidar los últimos estrenos. Incluso había un kiosco donde se armaba una extensa fila.

"No se extinga, doctor, porque paso", la gitana alertaba al doctor que se había quedado dormido aguardando el avance de la fila. El doctor acarició una bacteria domesticada que veía el sol fulminante como algo para abandonar. "¿Realmente viven en la etapa que nos dura la abstinencia?" Preguntó la mascota a su dueño.

Pero cuando uno se dedica a hacer negocios por una década, se da cuenta automáticamente cuando la gravedad deja de ser una aliada. Y las ganancias descienden. Boom. Oro desagradable que emite vahos de papel y queda bajo siete candados.

6

Ahora se acerca el tiempo de ISIS: Monitor conservador del glaciar, donde los esfuerzos de la India son piolets o botas viejas llegando del más allá.

Para complicar aún más la situación, la extinción. Y como el cambio radical del PCC, los EE.UU. e Irán se derriten los glaciares, la India y Bagdad reafirman que ahora comparten barrios mixtos de Pakistán (cara indescriptible). Es el más inmenso de los desastres conocido para la mayoría (la opinión pública).

En 2003 no era triste sino agradable el contemplar las especies y reservas del combustible. Pobre búho. Los hechos deben ser enclaves sectarios atrapados.

Antes, por siglos, los caminos alternativos se resumían a los más factibles, conclusiones del PCC; el nuevo, y no infrecuente, Times de York reportó que una pesada mano imperial tenía enormes reservas de cereales del Medio Oeste bloqueando la entrada. Después se pudrieron así los renovados horrores de los productos de las pocas semanas pasadas (el boom del petróleo en Dakota del Norte). Debería ser innecesario su envío por comentarios. Llegó en un tren de Asia, apestando a Jerusalén, en un par de horas.

Las temperaturas ligeramente más cálidas de las costas si bien, para condenar, mucho corresponsal (en realidad, menos de lo previsto en la época, 50 de los bárbaros [periodistas] independientes de los últimos años) que sabían, desde hace unos años, del PCC, iniciado simultáneamente en Oriente y Occidente. Hoy en día, la fusión de los analistas mejor informados del permafrost, lo describen aplastante y a su vez amenazan con desencadenar actividades propagandísticas pero se han limitado a sostener un bajo punto de vista: el económico. La horrible liberación de dramático impacto en el enorme régimen fue diseñada para mantener esas mismas cantidades en muchos aspectos fascistas del mundo físico.

Los iraquíes, en comparación con las invasiones de los mongoles, entraron en contradicción en la visión occidental prevista desde el siglo 13. Sin embargo, iba a ser la reacción a otro golpe letal: GUANTÁNAMO.

Estar en la cárcel de Guantánamo es lo peor, Jalid lo sabe muy bien. Se despierta por la mañana dentro de un cuarto hermético donde no se filtra ni luz ni humedad. Es como estar en una caja. Un catre atornillado a la pared culmina con la decoración. Nada de objetos personales, ni un rastro de su identidad. El uniforme lleva un número que no consigue ver porque allí no hay espejos. Aislado del mundo y solamente atendido por fríos guardias de seguridad fuertemente armados, que dan órdenes a gritos y empujones. Los odia. El odio es recíproco. Lo llevan a la sala de interrogatorios. Un soldado le hace las mismas preguntas y rememora, por enésima vez, el modo en que cometió su operación, el soldado lo detesta, se siente profundamente ofendido en su orgullo nacionalista y lo golpea. Jalid está acostumbrado. Siente el golpe rebotar en su pómulo y luego el adormecimiento en el rostro. Así fue como casi perdió un ojo en un interrogatorio previo. Al principio, lo negó todo. Lo mantuvieron despierto más de ciento ochenta horas. De momento había sufrido unas ciento ochenta y tres simulaciones de ahogamiento. Al final, no dijo más que lo necesario, solamente se refirió a lo que había hecho y, desde entonces, se complacían en hacerle rememorar el hecho constantemente, en pos de una grieta en su versión. El resto del tiempo, confinamiento. Era la persona más despreciable, él, un sencillo ingeniero mecánico, pero ese era el destino que le había impuesto Alá en su misión por doblegar ese Occidente turbio y diabólico. Cuando se queda sólo en su celda, Jalid se pone de rodillas al suelo y se lamenta no tener noción de la hora ni de los puntos cardinales. Comprueba allí la crueldad de aquellos siervos del mal. Solamente el poder de la oración puede ponerlo en contacto con Alá, y ora con devoción, constantemente, su voz se eleva a través de los muros, y los guardias entran en la celda, lo golpean, lo dejan sangrando en el suelo, y él comienza nuevamente con su rezo. Los guardias vuelven a entrar, esta vez le inyectan un sedante. Lo odian, no quisieran matarlo. No quieren, tampoco, que pierda la cordura, que se vuelva loco. Los otros dos que vinieron con él, perdieron la cabeza. El primero, sufrió depresión y trastorno de estrés post traumático; el otro, esquizofrenia. El aislamiento y los métodos de interrogación acabaron por doblegarlos. Constantes intentos de suicidio. Lamentos ahogados en lenguas musulmanas implorando el perdón de Alá por haber cometido la traición de revelar lo que sabían. La desesperación era acompañada de alucinaciones donde se les presentaba una forma oscura semihumana, un espíritu del mal, y los lamentos, de pronto, se volvían gritos trastornados de puro terror y llanto. Pero Jalid tenía un espíritu más duro. Soportó cada uno de los golpes, sin perder por un segundo la fe en Alá, y esto acabó preocupando a sus carceleros. Llegaron agentes de la CIA, lo sacaron de su celda, lo acomodaron, lo llevaron al cuarto de interrogatorios una vez más, lo encadenaron al suelo, le ofrecieron té y galletas. Los agentes no lo notaron en malas condiciones. Habló coherentemente durante horas sobre recuerdos de su

infancia y familia. Pese a lo atroz de su crimen, lo notaron como un ciudadano más. El asunto de la religión, claro, les disgustaba, pero estaban en un país libre y todo aquel que no lo entendiera así, bien podría terminar en una celda diminuta como una caja. Claro, ese había sido el crimen de Jalid. Pero los agentes de la CIA comprendían que tras esa postura fanática y fundamentalista musulmán había un ser humano. Y, si bien el interés del gobierno por Jalid había menguado en los últimos años ya que otras atrocidades habían sido cometidas, resolvieron concederle cierta atención especial. Particularmente, claro está, para que no se volviera loco. El psicólogo del grupo notó que el prisionero necesitaba alguna distracción, cumplir alguna función basada en aquello que mejor conocía. Ex ingeniero mecánico. Terrorista, autor intelectual de los atentados del 11 de septiembre. Acordaron, en la reunión, que Jalid le repararía una aspiradora que tenía averiada uno de los agentes, que lo trató con respetuosa humanidad. Por supuesto, todo fue un pretexto. Jalid los odia. El odio es recíproco. Lo de la aspiradora es una fachada interesante, que los agentes de la CIA aprovechan para mantener su cerebro ocupado. Desde el Pentágono no se sabe más qué decisiones tomarán con respecto a su destino. De seguro tendrán un plan. En aquellas circunstancias, la pena capital desde luego. No saldría vivo, ya no. Pero lo que ocurre a continuación se vuelve más interesante. Le facilitan herramientas (una vez comprobado que Jalid está cuerdo y para nada dispuesto a autolesionarse), destornilladores, unas pinzas de distintos tamaños, y hasta un pequeño multímetro digital de última generación. Jalid repara la aspiradora en su celda diminuta, acompañado de rezos del Corán. Sabe que trabaja para la gloria de Alá. Y Alá tiene un plan. El ingeniero pone todos sus conocimientos en juego. Pide una prórroga argumentando desperfectos y solicita permiso para intervenir el artefacto y hacerle unas mejoras. Los favores le son concedidos. Jalid agradece abiertamente a Alá. Todas las noches, recibe visitas de la guardia nocturna, golpes y hasta simulaciones de torturas para entrenar a los recién llegados. Durante el día, Jalid repasa cada una de las partes de la aspiradora. La abre entera, con los dedos magullados, siente dolor cada vez que utiliza sus herramientas, pero Alá le infunde fuerzas. Alá tiene un plan. Por eso mismo lo ha dotado de conocimientos, por eso mismo lo ha puesto en aquel infierno fortificado, por eso mismo le había presentado aquel artefacto y había fortalecido su espíritu recordándole quienes eran los que constantemente intentaban corromper su propia fortaleza. Habiendo llegado tan lejos, Jalid sabe que no tiene vuelta atrás. Y así es como retira y luego vuelve a armar cada una de las piezas del artefacto doméstico, con frialdad y precisión, recordándose a sí mismo cuan bueno era en su profesión. El botón de encendido, ahora es un detonador. Y la bomba de aire dejará de succionar, sino que se volverá una pequeña pero potente granada de plásticos. Soporta las golpizas nocturnas con paciencia, pasan tantas que Jalid pierde la cuenta. Finalmente, los agentes regresan, y Jalid se reúne con ellos. Encadenado al suelo, depositan la aspiradora modificada a escasos centímetros de él. Jalid se muestra tranquilo, sereno. Tiene un labio morado, pero los agentes no le hacen ninguna pregunta al respecto. Vuelven a

ofrecerle té y galletas. Le preguntan por la aspiradora, y les contesta que sí, que pudo repararla. Después, tienen una larga conversación sobre la infancia de Jalid, cálida y amena. Los agentes sonríen, comprueban que su psiquis permanece estable. Está más cuerdo, inclusive, que muchos de los guardias de seguridad. Cambian de tema, cambian de lengua. Uno de los agentes le pregunta cosas en musulmán con respecto a su religión. Jalid responde cortésmente, en su lengua, una cita del Corán sobre la que se le ha preguntado. El agente sonríe y vuelven a cambiar de tema. Hablan ahora en inglés, sobre los estudios de Jalid. La conversación culmina cuando vuelven a hablar sobre la aspiradora. Jalid les cuenta que la ha modificado levemente. Le había eliminado el molesto cable que poseía. Los agentes sonrieron. ¿Cómo que le había eliminado el cable de alimentación al artefacto? Comprobaron lo dicho por Jalid, así era, le había removido el cable para la entrada de corriente. ¿Y cómo funcionaría? Jalid repuso que había conseguido que el artilugio generase su propia fuente de energía. Nuevamente, los agentes sonrieron. La incoherencia del prisionero delataba la locura. Jalid sonrió a su vez y les dijo que era la verdad, que había aprendido en los primeros años del instituto. Los agentes siguieron sin creerle. Pero Jalid no insistió, los miró a su vez con ironía, como si los idiotas fueran ellos. Claro que no lo eran. Ya lo sabían todo. No entendían cómo funcionaba, claro, pero era bastante obvio. Jalid respiró profundamente, y en un abrir y cerrar de ojos se puso de pie y se estiró hasta alcanzar la aspiradora. Sintió un tirón, un desgarro, bajando desde sus omóplatos hasta su cintura, pero no importaba, era su única oportunidad de cumplir con los objetivos de Alá, su única puerta de entrada al paraíso. Lo observaron llegar al artefacto sorpresivamente, solamente tuvieron tiempo de cubrirse y echarse al suelo. Jalid oprimió el botón de encendido. Hubo una explosión y una llamarada entre roja y azul, esquirlas de plástico volaron en todas direcciones, los agentes cayeron en distintas direcciones, heridos. El cuerpo de Jalid permanecía inmóvil, el brazo con el cual había encendido su bomba, ahora era un trozo negro y rojo como una rama seca. Todavía respiraba. Agitadamente. Boca abajo. Murmurando constantemente lo que serían sus últimas palabras. Allah'u Akbar.

El área recibió el tratamiento usual otorgado a este tipo de operaciones en La Era De Lo No Deseado: inundación administrada antes de dimitir en señal de protesta. Las principales ciudades de las llanuras costeras Tigris-Éufrates concibieron informes devastadores.

La gran aparición se destruyó casi al mismo ritmo imparable. De lo que sobrevivió, Minerva, impulsado junto con la fusión, se ha extendido más allá de las sanciones de la ONU sobre Irak, condenados como (y) el hielo de la Antártida, que podría ser "genocida" según los distinguidos diplomáticos Bashar Arundhati y Ali Gooma.

Ahora rasgan los niveles del mar que aumentó la región entera a jirones.

EPISODIO CINCO:
EL IMPACTO HUMANO

1

Avance en millones de años, los soldados han matado al mundo físico.

Los científicos del Tigris siguen aún en Arabia Saudita. Steve Barnes (uno de los seres humanos de historias remotas proporcionando regiones, un estudioso en el odiado enemigo de hoy, la mejor esperanza para la revista Science, advierte que el ser humano es el de Estados Unidos y su tarea es rescatar a la civilización gloriosa, incluso aquellos que sean asteroides, aliados israelitas) aconseja recibir al Éufrates por Fenicia, pero Estados Unidos ve un nuevo soporte vacío en Oriente Medio. En la costa este de los ecosistemas de artillería, en las costas cercanas, desde el Mediterráneo hasta el valle del Nilo, tambores de combustible vacíos por décadas. El mundo ya había partido sus últimos años.

Fue en ese entonces cuando Irak, junto con otros países (el uno al otro [en el informe un asteroide golpeó a socavar]), concluyeron que el aumento más alto del campo de batalla fue la tierra del grupo. Eso es lo que yo llamo "el mundo del riesgo de emisiones de gases de efecto invernadero".

Las costas de los ríos Tigris: "mil visiones de guerra, guía humano", y el Éufrates ha sido el escenario de los horrores indescriptibles en la vida sin sentido en Irak y Siria: seres de conflicto generando crisis.

Bashar Arundhati, principal opositor en Siria, esgrimió su presunta causa: el glaciar Siachen, grave, penetrante. Y, para los Bashar Arundhati de este mundo, ahora se derretían revelando impactos irreversibles, brutales. Fin del régimen–edad.

Poder. Atrapado en hielo. Como objetivo el cambio geológico de cualquiera que haga explotación de la Fe Egipcia, la cual no cree en épocas. Es duro no reservar ni descubrir un nuevo escrito en sus particulares y rigurosas ignorancias.

Una en las estrellas.

Unas.

Un índice de días de marca del Islam como algún hadith. Un hadith es un acuerdo tácito que aprueba o desaprueba de acuerdo a las enseñanzas de Mahoma, el Profeta del Islam. Pero ni el mismo Profeta hubiese contado con la particular manera de interpretar las escrituras que tuvo Ali Gooma, el gran Mufti de Egipto, el máximo exponente de la Ley Islámica. Se acercaba la hora, y su secretario personal, Jalid, lo ayudaba a repasar los puntos últimos de la fatwa que sería presentada. Gooma se alisaba su túnica frente al espejo, la sala amplia y ostentosamente adornada solamente albergaba a aquellos dos estudiosos de la Ley.

Jalid abrió una pequeña libreta negra, tomando nota del edicto redactado por Gooma.

Páginas atrás aún se conservaban viejas notas sobre edictos anteriores.

Hubo uno que despertó la controversia en Occidente, en contra de un programa de televisión, la versión árabe de ¿Quién quiere ser millonario? que daban en la TV de Egipto en horario central. El Islam prohibió rotundamente ese tipo de programas. La razón fue que aquellos concursos no eran más que una moderna forma encubierta del vicio del azar y la apuesta. El programa fue cancelado, pero nunca se supo si la TV de Egipto lo levantó a causa de la fetua. Una fetua es el término legal que adquiere el hadith una vez que el Mufti se encarga de difundirlo entre su congregación.

Después, todos se vuelven locos. Jalid escucha las palabras de Gooma con atención, su rostro permanece impasible. Toma notas rápidas, precisas, veloces. Pero su eficacia se detiene cuando Gooma pronuncia el pasaje principal de todo el hadith: "los escultores serán los más atormentados en el Día del Juicio". De acuerdo a la Ley y su interpretación, Gooma considera pecaminosas tanto la escultura como su práctica, así como el uso de estatuas como decorado. Jalid, repentinamente, se siente intranquilo. Piensa por dentro que el gran Mufti ha perdido la razón, o ha interpretado erróneamente algún pasaje del Profeta. Lo piensa, pero calla. Continúa anotando. La lectura de Gooma es monótona, y Jalid no puede evitar recordar una fetua anterior en la cual los concursos de belleza que presentan modelos semidesnudas en frente de panelistas masculinos eran consideradas prácticas haram, es decir, pecaminosas. Claro que, en ese caso, los responsables hicieron oídos sordos, y la TV de Egipto los seguía emitiendo. Claro que la TV de Egipto era continuamente asediada con bombas, amenazas de muerte y cartas explosivas. Continuaban difundiendo el tóxico paganismo occidental. Gooma se vio obligado, entonces, a emitir una fetua que prohibía terminantemente la observación del próximo eclipse solar, así como todos los siguientes. La TV de Egipto volvió a atacar, esta vez con amarillismo. Denotando aquella última fetua de Gooma y el rechazo evidente por parte del Islam de apoyar a activistas a favor de los derechos de la mujer y en contra de la mutilación genital.

Eso debió ser demasiado para Gooma, supone Jalid. No logra explicarse por qué están declarando haram, anti islámico, el uso de estatuas como decoración o incluso su presencia.

¿De qué serviría aquello a la causa del Islam?

¿Fieles fundamentalistas irrumpiendo en el templo de Karnak, en Luxor, o en algún otro templo faraónico y hacerlo estallar con turistas dentro en nombre de la fetua?

Egipto estaba lleno de estatuas.

Jalid repasó las notas en su libreta.

"El islam prohíbe las estatuas, dado que simbolizan entidades vivientes tales como seres humanos o animales".

"El Islam prohíbe todo aquello que incurra en el paganismo o que tenga su pestilencia, incluidas las estatuas de antiguos dioses egipcios".

La fetua de Goomar solamente exceptuaba a los juguetes infantiles.

Jalid se dijo una vez más que todo aquello era una locura. Que no podían continuar aislándose tanto de Occidente. Occidente ya estaba sobre ellos. Occidente ya estaba sobre Jalid. Claro que esa clase de temas no podía discutirlos con Goomar. Desde luego, no lo comprendería. Una muñeca inflable le había llegado aquella misma mañana a Jalid desde Rumania. Lo piensa, eso sí, pero calla. Después de todo es un juguete.

Una de las consecuencias terribles de la civilización en manos de ISIS coincide con la invasión anglo–estadounidense. Se representó estrechamente con los demás (autoproclamados islámicos) en un fin sin gloria. El Estado entraba en una época geológica de la región altamente en conflicto.

Egipto abrió la triste caricatura del Holoceno, (comenzado hace más de casi 10.000 años, se ha especulado que 11.000) la forma extremista de años atrás. Algunos aún la creen una causa fértil. El anterior Islam radical (en sus días más oscuros llamados de la Media Luna) se extendía desde el Pleistoceno. En aquella época duró dos millones de años bajo una dictadura militar: los Home Solares Saudíes.

A través de los conflictos sobre Cercano Oriente (destinados a evitar riesgos intolerables de ser encendidos por la invasión) la Mente del Búho pronosticó para el futuro final las posibles "consecuencias fatales" de las generaciones. La Media Luna Fértil es una región del Cercano Oriente que, al estar bien abastecida de agua dulce, fue favorable para el desarrollo de la agricultura que permitió el surgimiento de las primeras civilizaciones. El nombre de esta región se debe a que, además de ser fértil, su forma se parece a la de una media luna que tiene un extremo en el golfo Pérsico y luego se va curvando hacia el Norte y hacia el Oeste hasta llegar al Mar Mediterráneo. De esta forma bordea el desierto de Arabia, que es seco, rocoso, y arenoso. En la Media Luna Fértil no llovía mucho, pero sin embargo había ríos. Al norte había montañas con nieve en sus cimas, la cual se derretía en agua que descendía por las laderas y llegaba a las tierras llanas formando dos grandes ríos que desembocaban en el golfo Pérsico: el Tigris y el Eufrates. La zona ubicada entre los dos ríos se llama Mesopotamia, palabra que viene del idioma griego y significa "entre los ríos."

Mientras tanto, en Minerva, como en las grandes corporaciones energéticas de la civilización, del anochecer caía la era climático–global. Por más que era propicia para la agricultura, la Media Luna Fértil tenía sus inconvenientes: cuando nevaba mucho en las montañas aumentaba la cantidad de agua en los ríos y entonces se producían inundaciones; lo mismo ocurría si la llegada del calor primaveral era demasiado brusca y la nieve se derretía repentinamente.

Bashar Arundhati estaba prefigurado y no se lo ocultó. Steve Barnes sugirió que el recién llegado emprendiese la tarea de su proyecto de informe de la "metáfora más apropiada". Justificada preocupación: la interpretación de la era que

llevaba a cabo el Grupo Intergubernamental de Expertos (GIE), sobre el surgimiento de la civilización humana, la locura de nuestro Proyecto de Cambio Climático (PCC), qué puede hacer el Estado islámico, etcétera. Lo que estaba ocurriendo era que la temperatura (cual tiendas de campaña), y cada región, ofrecían lecciones dolorosas en el otro: la pérdida de una especie de profundidad en que las especies pueden descender a residuos de memorias de los tiempos en que el Siachen era un lugar de paz.

2

Mientras tanto, para las personas había miles de formas de considerar un mayor peligro el regreso de los dinosaurios a la vida, que las consecuencias más temidas de la barrera mortal a la Fatwa.

Días laborales, abrieron los comercios. Ochenta años antropogénicos al modo del calentamiento global, de la plaga que hace de ISIS ser lo que es, Steve Barnes ensalzó a los pequeños mamíferos a proliferar. Al Líbano el deshielo del permafrost, la nueva Alemania nazi cuya nombre es Hezbolá, y en última instancia, los pensamientos modernos que hay en la capa de hielo del Gran Amargo dejado en el suelo.

Debe estar pasando odio.

Sensación no carente de repulsión que le produce a Steve Barnes aquella imagen de lo que no se considera haram pero lo es: la niña tiembla, sus ojos en blanco, miran el techo de la choza, nadie en este mundo podría explicarte las cosas que le pasan por la cabeza. Lo que sí puedo explicarte es todo lo que ocurre alrededor. El antes y el durante. Y lo que vendrá después.

Irak. Polvo y tierra que se pega a la piel bajo un sol abrasador. Fue un día largo. Un día muy largo para todos. Mullah y sus vecinos rodean una mesa de madera. Recibe salutaciones de todos los presentes y en especial de su nuevo suegro, quien cuenta los dinares una y otra vez encima de la mesa y nota que aún le queda suficiente para invitar otra ronda. Es una noche especial. Deberán pasársela lo mejor posible. El trato cerrado. Un buen trato. No sólo dinares, una suma interesante, también unas cuantas cabras y víveres que ya se encuentran a resguardo en la casa vecina. Mullah se levanta de la mesa, eructa pestilencia etílica, y sin decir palabra se aleja de la reunión. Lo ven cruzar la habitación y perderse en otro cuarto en el fondo separada por una cortina mugrienta y deshilachada en las puntas. Lleva un trozo de tela blanca en su mano derecha. En la mesa quedan sus nuevos familiares, los atenderá su primera esposa, con sumisión y completamente cubierta de negro. No podemos ver su rostro, no podemos calcular los daños ni el tiempo. La familia que queda en la mesa pide más vino, la mujer les sirve. Se cuentan historias y bromas que son celebradas con funestas risotadas. Mullah los oye desde el cuarto del fondo, pero ya no les presta atención. Esta es su noche de bodas. La niña tiembla. Acostada sobre el lecho nupcial, todo su cuerpo se tensiona

a la espera de algo que ignora, pero que imagina terrible. En realidad, terrible es una palabra pequeña en la estampa inamovible de sus ojos petrificados mirando al techo de la choza. ¿Se te ocurre algo mejor? La defiende apenas un sari de fina tela que Mullah le obsequió para la ocasión. Mullah es el hombre más rico de la región, sus dominios abarcan hectáreas de desolación, polvo y tierra. El sari, la atención a sus nuevos parientes, la suma que ha pagado para consumar el matrimonio, son dádivas para él. Se sube al lecho con torpeza, mareado. Levanta una rodilla y se acomoda frente a la niña. Observa detenidamente el rostro dulce y angelical y no recuerda la última vez que vio un rostro así. La niña tiembla. Sus ojos en blanco miran el techo de la choza. Mullah acaricia el rostro de su nueva esposa, desliza sus callosos y gruesos dedos por la suave tez cetrina de la niña. Pero sus ojos no se mueven del techo de la choza. Mullah esboza una sonrisa. Levanta su túnica, frota su entrepierna y no tarda en esgrimir su miembro erecto, duro y grueso; es una daga de carne. Se arrima al cuerpo inmóvil de la niña, quien se deja asir y acomodar a gusto del nuevo marido. Mullah le levanta el sari y la contemplación de la carne joven le sube la sangre mucho más allá de su cabeza. Acaricia los muslos frescos, aún inmaduros, de ocho años, y agradece al Profeta por el obsequio que está a punto de degustar. Aparentemente, no hay nada de malo en ello. El Profeta está de acuerdo. Con una de sus manos y sin esfuerzo alguno, separa las piernas de la niña temblorosa. Con otra, se aprieta la base de la verga hasta sentir la hinchazón en sus viejas venas, venas de cincuenta años, y arremete contra el sexo de la niña. Y no entra. Líquido seminal se resbala desde la punta del glande, humedeciendo la piel suave de la niña inmóvil, asustada. La verga se resbala a lo largo de la ingle, Mullah vuelve a arremeter y una vez más fracasa. Gotas de sudor perlan las frentes. La de Mullah, excitada por el alcohol. Una vez más lo intenta, y una vez más fracasa. La niña tiembla, comienza a llorar. Es un quejido débil. Mullah acaricia una vez más la mejilla de su esposa, pero ese gesto débil no logrará calmarla. Mullah se impacienta. Se levanta del lecho y se acerca a un viejo arcón donde guarda instrumentos de caza. No tarda en hallar lo que buscaba. Una vieja y afilada navaja en la cual confía. La utiliza para los becerros cuando es necesario un sacrificio. No duda que en este caso también le será de utilidad. Regresa al lecho y vuelve a acomodarse en la posición anterior. Las piernas de la niña separadas, la niña inmóvil, mirando fijamente el techo de la choza. Nadie podría explicarte la multitud de sensaciones confusas que atraviesan su mente en este preciso momento. Su cuerpo tiembla, quisiera calmarse, pero no puede. Siente el cuerpo del hombre encima de ella, intentando… ¿Intentando qué? Siente la punta carnosa en su entrepierna resbalándose una vez más, pero no sabe qué significa aquello. No sabe nada de los deberes de un hombre del Islam, y no se atreve a mirar sobre el hombro izquierdo del hombre y ver si el ángel que juzga los pecados está tomando nota. Eso fue algo de lo poco que le enseñaron. Haram. El pecado. Mira fijamente el techo de la choza. Lágrimas brotan de sus ojos y tampoco se explica por qué. ¿Miedo? Sólo es una de las tantas sensaciones. Sorpresa. Eso es lo que se imprime en sus ojos cuando siente la fría punta acercándose a los bordes de su

vagina. No se atreve a mirar. El terror la inunda. Y un segundo después, el dolor. El llanto se vuelve alarido. La punta de acero se abre paso dentro de ella. Mullah actúa con la precisión de un cirujano. La hoja de la navaja hundida hasta la mitad en la concavidad virginal, la niña sacude sus piernas de dolor, pero las manos de Mullah son poderosas como su fortuna. Un certero movimiento de su muñeca hacia arriba y la navaja ensancha la otrora minúscula apertura. Profusos borbotones de sangre manchan el lecho, el sari de la niña y el borde la túnica de Mullah. Deja caer la navaja a un lado y vuelve a levantar su túnica. Esta vez, su daga de carne penetra impunemente. Siente el calor de la sangre fluyendo por el canal vaginal, el llanto de la niña ya no lo escucha, ni tampoco las carcajadas en la otra habitación. Siente el calor de la sangre fluyendo, y su miembro resbalando al interior y volviendo a salir repetidas veces. La niña tiembla. Y es una imagen realmente grotesca ver el cuerpo del hombre de cincuenta años sobresaliendo entre las delgadas piernas infantiles. No mucho después, Mullah se detiene. Eyacula en el interior de su esposa y siente la presión en la base de su verga como una experiencia inefable. Retira su miembro rojizo, cubierto de sus propios fluidos y la sangre de su esposa. Se limpia en la tela blanca que trajo consigo al entrar a la habitación. Se pone de pie, se aleja de la cama. Regresa con una sonrisa a la mesa de madera y enseña la tela a todos los presentes. El padre de la niña es el primero en felicitarlo. Mullah acepta las felicitaciones con sumo agrado y ordena a su primera esposa que sirva otra ronda para todos los presentes. Beben y cuentas bromas sin gracia pero que causan la risa de todos los presentes. En la habitación del fondo, la niña tiembla. Sus ojos en blanco, miran el techo de la choza. Aún caen lágrimas de sus ojos. El blanco sari, obsequio especial para la ocasión, lleva ahora una mancha escarlata que va creciendo a medida que pasan las horas. Los hombres ríen y beben y celebran, pero la niña no oye las voces. Tiembla. Reúne sus últimas fuerzas para llevarse ambas manos al pecho y musita una oración aprendida por herencia. No la recuerda muy bien, así que cada vez que se equivoca se obliga a volver a comenzar desde el principio. Tiembla. Su respiración se vuelve cada vez más agitada. Las penumbras de la habitación se vuelven lentamente oscuridad. Afuera, la débil luz del sol comienza a hacerse presente, y los invitados son despedidos con la misma alegría con que fueron recibidos. La niña los oye por última vez, una voz ebria que conoce o creía conocer. Tiembla. Los ojos fijos en el techo de la choza. Agitada.

Y luego, de golpe, no tiembla más.

La cadena de televisión iraquí Al Iraqiya (puesta en el aire en el 2003 bajo la supervisión de la Corporación Internacional de Aplicaciones Científicas [Science Applications International Corporations o SAIC en inglés]) diseñó el perfil de un hombre ostensiblemente normal, probablemente casado, con un trabajo regular. Era el típico marido sumiso y asexual. Hacía todo lo que su mujer le ordenaba o casi todo. Ella solía desear los placeres del lecho con más frecuencia que él, y eso les llevaba a frecuentes discusiones, a que ella le recordase en todo momento lo taciturno e inerte que era.

En el río Tigris, y cerca de la cabaña de Mullah, una gran mancha de sangre. Los policías interrogaron al hombre, pero acabaron inculpando a otro agresor sexual, Alex Jaafar. Corazón con la mente en el ataque, afirmó que simplemente lo era a través de unos ejercicios de yoga.

El 6 de noviembre de 1990, uno de la División, un sargento llamado Saddam Wajih, vio surgir de las arenas un hombre con traje y corbata. Mientras observaba cómo éste se lavaba las manos en la fuente advirtió que tenía un dedo vendado y una mejilla manchada de sangre. Saddam le pidió la documentación, no tenía motivos suficientes para arrestar a Mullah, sin embargo, dejó constancia del incidente. Al día siguiente, se encontró el cadáver de una chica en esa misma zona.

3

Eventualmente, Saddam también se volcaría a las matanzas. Y algo peor, superaría a Mullah por el corto período en que realizó su matanza: seis meses frente a dos vidas y doce años. Estas matanzas incitaron a la segunda investigación delictiva más grande y complicada en la historia de la región después de la iniciada para la detención de Mullah.

El gobierno ucraniano envió una buena parte de la Guardia Nacional con la misión de velar por la seguridad de los ciudadanos y movilizó a más de 2000 investigadores de las policías federal y local. Los policías empezaron a buscar a un personaje itinerante y elaboraron una lista en la que figuraba un hombre que viajaba frecuentemente por el sudoeste de Ucrania para visitar a su novia. El perfil del asesino correspondía a un personaje itinerante por la zona sur del país. En marzo de 1996, El Servicio de Seguridad de Ucrania (SBU) detuvieron al joven de 26 años Yury Mozola como sopechoso de los asesinatos. Durante seis días, los miembros de seguridad torturaron al detenido mediante fuego y cargas eléctricas. Mozola se negó a confesar los hechos y murió en medio de la tortura. Siete responsables de la muerte fueron encarcelados por ello.

Al fin, todas las sopechas fueron cayendo hacia Onoprienko. Las pruebas definitivas las hallaron en el apartamento de su novia y su hermano, encontraron una pistola robada y 122 objetos pertenecientes a las víctimas. Cuando la policía le pidió los documentos en la puerta de su casa, Onoprienko no les quiso facilitar la tarea, e hizo un esfuerzo vano por conseguir un arma y defenderse. Cuando fue apresado, confesó inmeditamente ocho crímenes perpretados entre 1989 y 1995. Aunque negó el resto de asesinatos, muy pronto admitió que su lista ascendía a 52 en seis años de cacería. Pero no se arrepentía de ninguno de sus actos.

En un momento determinado de la investigación, el acusado afirmó que oía una serie de voces en su cabeza de unos "dioses extraterrestres" que lo habían escogido por considerarlo "de nivel superior" y le habían ordenado llevar a cabo los crímenes. También aseguró que poseía poderes hipnóticos y que podía

comunicarse con los animales a través de la telepatía, además de poder detener el corazón con la mente a través de unos ejercicios de yoga.

Nació en Yablochnoye, Ucrania en aquel entonces (Unión Soviética), el 16 de octubre de 1936, una pequeña aldea en tiempos de hambruna del Holodomor, donde morían cientos de personas cuyos cadáveres se amontonaban en las calles y campos.

Mientras su padre Roman Mullah cayó prisionero de guerra por los nazis, la madre de Andréi, Anna Mullah le contaba a menudo a él y a su hermana menor que a su hermano mayor Stepan, lo habían raptado para comérselo, Mullah quedó traumatizado por la historia de su hermano pero aquello era muy cuarenta vídeos snuff por los que pagaría una gran cantidad de dinero una vez los tuviera grabados.

La primera víctima fue Ekaterina Ilchenko, una mujer de 33 años que se dirigía a su casa después de tomar té con su pareja. Según la confesión de Sayenko, él y Supruyuck habían "salido a pasear". Supruyuck llevaba consigo un martillo con el que golpeó a Ilchenko en un costado de la cabeza. El cadáver sería encontrado por su madre a las 5 de la madrugada.

Una hora después del primer asesinato, los dos chicos atacaron a su siguiente víctima, Roman Tatarevich. Éste dormía en un banco próximo a la escena del primer asesinato. La cabeza de Tatarevich fue brutal y repetidamente golpeada con objetos contundentes, hasta dejar su rostro irreconocible.

El 1 de julio, los cuerpos de otras dos víctimas, Evgeniya Grischenko y Nikolai Serchuk, fueron encontrados sin vida en una localidad vecina Novomoskovsk. La noche del 6 de julio, tres personas más fueron asesinadas en Dnepropetrovsk.

La primera fue Egor Nechvoloda, un militar recientemente licenciado y que fue golpeado hasta la muerte cuando volvía a casa tras haber estado en un club nocturno. Su madre encontró el cuerpo sin vida por la mañana, cerca del edificio de apartamentos en la Calle Bohdan Khmelnystsky.

Elena Shram, una vigilante nocturna de 28 años, fue asesinada cerca de una esquina en la calle Kosiora. Según la confesión de Sayenko, al aproximarse Shram al grupo, Suprunyuck le golpeó varias veces con el martillo que llevaba escondido bajo su camiseta, hasta hacerla caer al suelo. La mujer llevaba una bolsa con ropa de la que Suprunyuck extrajo algunas prendas para limpiar el martillo, tras lo cual tiró la bolsa.

Esa misma noche mataron a otra mujer, Valentina Hanzha (sin relación aparente con Alexander Hanzha).

Al día siguiente, 7 de julio, dos chicos de 14 años del pueblo vecino de Podgorodnye fueron atacados a plena luz del día mientras pescaban. Uno de ellos, Andrei Sidyuck, fue asesinado, pero el otro, Vadim Lyakhov, consiguió escapar.

El 12 de julio, un hombre de 48 años llamado Sergei Yatzenko desapareció cuando iba con su bicicleta en el camino recolectando objetos en un lugar

completamente asolado. Su cuerpo fue encontrado cuatro días después, mostrando claras señales de haber sido atacado salvajemente.

Trece asesinatos más siguieron a éstos, a menudo con múltiples cuerpos encontrados en el mismo día. Al parecer, todas las víctimas fueron escogidas al azar, si bien se inclinaban por las de apariencia más vulnerable: mujeres, niños, ancianos, vagabundos o personas ebrias.

La mayoría de las víctimas fueron asesinadas con objetos contundentes como martillos y barras de acero. Las golpeaban en la cara dejándolas irreconocibles.

Muchas víctimas fueron torturadas y mutiladas, pero nunca las agredieron sexualmente. En algunos casos robaron a sus víctimas el teléfono móvil y otras pertenencias para venderlas en casas de empeño, aunque esta práctica no era habitual.

Los asesinatos se fueron extendiendo en su radio de acción. Además de la ciudad de Dnepropetrovsk, algunos tuvieron lugar en las áreas de Dnipropetrovsk Oblast. No se relacionaron los asesinatos que se perpetraron.

En 1984 asesinó a 15 personas, mientras el tiempo entre sus asesinatos iba disminuyendo el número de víctimas iba en ascenso. Mullah los elegía entre la multitud en estaciones ferroviarias y en paradas de autobús, y con algún pretexto, los convencía para que lo siguieran a alguna zona boscosa. Una vez allí les infrigía numerosas puñaladas (entre treinta y cincuenta). Casi todas las víctimas sufrían la mutilación de los ojos. A las adolescentes o chicas jóvenes les seccionaba los pechos o los pezones, ya fuera con sus afilados cuchillos o con los dientes. El útero era extirpado con tal precisión que todos los cirujanos de la provincia de Rostov pasaron a ser sospechosos en potencia. Mientras las violaba, se enfurecía tanto por llegar tan rápidamente al orgasmo que les machacaba la cara a golpes. Para ocultar su impotencia, a veces, con la ayuda de una ramita, colocaba el semen en la vagina de la víctima.

En el caso de los niños, los atacaba nada más hallarse a solas con ellos en el bosque: un golpe para aturdirlos con las manos atadas y unos golpes de cuchillo poco profundos para establecer su dominio sobre ellos. Posteriormente los mutilaba a mordiscos, les cortaba los genitales o solamente extirpaba los testículos, que guardaba a modo de trofeo. En algunas ocasiones realizaba estas amputaciones cuando la víctima se hallaba aún con vida, aunque no consciente.

En ninguno de los casos se encontraron las partes del cuerpo seccionadas en las cercanías de la escena del crimen. Además practicaba actos de canibalismo. En sus declaraciones confesaría que le gustaba tragarse las partes del cuerpo más blandas.

Por el semen hallado en los cuerpos de sus víctimas, se supo que su sangre era del grupo AB. El 14 de septiembre de 1984, detuvieron a Mullah en el mercado de Rostov, pues en líneas generales encajaba con la descripción del asesino, pero no pudieron demostrar nada más. Mullah parecía un hombre respetable, y tras hacerle un análisis de sangre, ésta resultó ser de grupo A. Enseguida fue puesto en

libertad sin cargos. Por esas alturas, los archivos de la policía contenían datos de unos 26.500 sospechosos. Cuando apareció el cadáver número treinta, los periódicos empezaron a dar noticias del posible asesino en serie, quienes todos creían un retrasado mental, a pesar que la policía no estaba de acuerdo.

Dos días después de este crimen la policía encontró los restos de la niña en el río Grushovka, y cerca de la cabaña de Mullah una gran mancha de sangre.

Los policías interrogaron al hombre, pero acabaron inculpando a otro agresor sexual, Alexander Kravchenko. Mullah era, por las paradojas que marcaban sus actos, más dual que nunca.

La acusación de haber acosado sexualmente a sus estudiantes le costó el trabajo, pero consiguió uno nuevo en una fábrica en el que tenía que estar viajando constantemente. Este constante movimiento le ayudaba a escoger sus nuevas víctimas. En 1981, se convirtió en funcionario de abastecimiento de una fábrica, y el trabajo, que le obligaba a recorrer una buena parte de la región, le proporcionaba la fachada perfecta. Tres años pasarían antes de que Mullah asesinara por segunda vez.

El 3 de septiembre de 1981 asaltó a su segunda víctima: Larisa Tkachenko, prostituta de 17 años de edad. La convenció de ir con él al bosque para tener relaciones sexuales, pero falló en el intento por lo que ella se rió de él; esto lo enfureció, perdió el control, estranguló a la mujer y eyaculó sobre el cadáver, mordisqueó su garganta salvajemente, le cortó los senos y en su frenesí se comió los pezones. Luego, comenzó a lanzar aullidos mientras bailaba una danza de guerra alrededor del cuerpo. Dejó el cadáver con un palo enterrado, como los restos que deja un perro tras un almuerzo de domingo.

En esos momentos supo que volvería a matar.

Los dos primeros asesinatos de Mullah tuvieron cierto carácter fortuito. Es posible que, en ambos casos, sus intenciones fueran solamente de índole sexual. Los gritos de terror le excitaban, pero era el asesinato en sí lo que presentaba para él el acto sexual supremo.

Su tercera víctima fue Lyuba Biryuk, fue raptada de un pueblo y fue acuchillada 40 veces en el bosque. Le mutiló los ojos, y esto se volvería algo común en sus asesinatos, la firma mortal de Mullah.

Mullah asesinó a otras tres personas ese año, y entre ellas se encontraba su primera víctima masculina, Stepan Podzhivaev de 9 años de edad. El cuerpo no se encontró pero Mullah afirmó ser el responsable y que le había arrancado los genitales. (Este hecho marcaría un detalle aún más extraño dado que de este niño [quien se sentía en esos momentos más solo que nunca, en cierto modo como Mullah], no existe ningún documento que informe acerca de su nacimiento o muerte, pero la manera en como una mujer que decía ser su madre se lo contaba al jurado en llantos, logró que la historia pareciera verídica).

En la escuela era muy introvertido, incapaz de aceptar su miopía (sus primeras gafas las tuvo a los treinta años), y padeció enuresis nocturna hasta los doce años. Siempre era humillado por los otros compañeros, cualquiera podía

decirle lo que fuese, él se limitaba a escuchar y a aguantar. No era de extrañar que con el tiempo, su ánimo se llenase con las lágrimas contenidas de todas esas injurias. A medida que iba creciendo, se hacía más tímido con las mujeres, tal fue el problema que en la adolescencia tuvo una relación sentimental con una chica del pueblo pero su impotencia destruyó dicha relación.

Como todo soviético sirvió en el ejército y luego se dedicó a los estudios, deseaba licenciarse en Derecho pero suspendió el Examen de acceso a la universidad. Decepcionado, puso todo su empeño en prepararse profesionalmente obteniendo tres títulos: En Ingeniería, Marxismo-Leninismo, Lengua y literatura rusa. En 1971 se graduó de maestro. Sentía una creciente atracción por las menores de doce años, y se colaba en los dormitorios para verlas en ropa interior mientras se masturbaba con la mano dentro del bolsillo.

Más tarde Mullah se refugió en el estudio del Corán, pero su fijación con el dogma político rayaba en la demencia. A pesar de su problema, pudo encontrar una esposa, y aunque era incapaz de mantener una erección, sí podía eyacular. Logró alcanzar en contadísimas ocasiones la suficiente erección para dejar embarazada a su esposa, pero no dejaba de pensar, que la naturaleza lo había castigado castrándolo al nacer.

Era un marido de carácter estable y trabajador, un padre que nunca levantaba la voz ante los hijos, un respetado miembro del partido comunista que leía los periódicos y se mantenía al corriente de la actualidad. En la escuela en la que trabajaba, sus alumnos no le tenían respeto, se negaban a comportarse bien e incluso fumaban delante de él en la clase. Más tarde Mullah abusaría sexualmente de sus estudiantes, tanto chicos como chicas, lo que le costaría el trabajo en 1974.

El 22 de diciembre de 1978, Mullah mató por primera vez cuando tenía 42 años.

Abordó en la calle a una niña de nueve años de edad y la convenció para que se fuera con él a una cabaña que poseía en las afueras de la ciudad. Sabía como hablar a los niños, él mismo había sido maestro y tenía a sus dos hijos. Una vez allí la desvistió con violencia. Accidentalmente, le hizo un rasguño del que brotó sangre, hecho que le propició una erección inmediata, estableciendo el vínculo fatal entre sangre y sexo. Luego, sacó un cuchillo y se lo clavó a la niña en el estómago. Con cada puñalada notaba que se acercaba más a un maniaco sexual.

Sólo mataba mujeres y niños, cuyos cuerpos violaba y mutilaba. A veces se comía las vísceras. Nada de esto aparece en el expediente de Onoprienko, un ladrón que mataba para robar, con inusitada brutalidad y ligereza, pero sin las escenas del maniaco sexual.

4

Mullah fue acusado de haber robado un rollo de linóleo de su oficina. Lo utilizaba en sus actos masturbatorios, de otro modo no alcanzaba la eyaculación ni

el orgasmo. Mullah había intentado satisfacer su necesidad sexual movido por la esperanza de llegar a ser igual que los demás. Su flacidez y las burlas de las mujeres que se lo recordaban a cada momento, era más de lo que podía soportar. También se dio cuenta de que su placer no consistía en acariciar los genitales ajenos, sino en maltratarlos.

–Sinceridad. Me hallo en un estado de profunda depresión, y reconozco que tengo impulsos sexuales perturbados, por eso he cometido ciertos actos. Anteriormente busqué ayuda psiquiátrica por mis dolores de cabeza, por la pérdida de memoria, el insomnio y los trastornos sexuales. Pero los tratamientos que me aplicaron o que yo puse en práctica no dieron resultados. Tengo esposa y dos hijos y sufro una debilidad sexual, impotencia. La gente se reía de mí porque no podía recordar nada. No me daba cuenta que me tocaba los genitales a menudo, y sólo me lo dijeron más tarde. Me detuvieron y he permanecido bajo custodia desde entonces. Quiero exponer los sentimientos con que me encontraba en los bosques, con indicios de violencia y sadomasoquismo, y en ocasiones con falta de miembros de las víctimas. Se trataba de niños, niñas y chicas jóvenes. Entre ellos había muchos escapados de casa y retrasados mentales, pues se dejaban convencer más fácilmente y agradecían su ayuda en el laberinto del sistema de transportes local, con el que no estaban familiarizados.

<< Me siento humillado. La gente se burla de mí en el trabajo y en otras situaciones. Me he sentido degradado desde la infancia, y siempre he sufrido. En mi época escolar estaba hinchado a causa del hambre e iba vestido con harapos. Todo el mundo se metía conmigo. En la escuela estudiaba con tanta intensidad que a veces perdía la consciencia y me desmayaba. Soy un graduado universitario. Quería demostrar mi valía en el trabajo y me entregué a él por completo. La gente me valoraba pero se aprovechaba de mi carácter débil. Ahora que soy mayor, el aspecto sexual no tiene tanta importancia para mí, mis problemas son todos mentales. En los actos sexuales perversos experimentaba una especie de furor, una sensación de desenfreno. No podía controlar mis actos. Desde la niñez me he sentido insuficiente como hombre y como persona. Lo que hice no fue por el placer sexual, sino porque me proporcionaba cierta paz de mente y de alma durante largos periodos. Sobre todo después de contemplar todo tipo de películas sexuales. Lo que hice, lo hice después de mirar los vídeos de actos sexuales perversos, crueldades y horrores.

Lo que la policía dedujo de esta declaración, es que el asesino trataba de buscarse una posible salida alegando una enfermedad mental, una obsesión de tratamiento psiquiátrico. Los psiquiatras y comentaristas que desfilaron por Al Iraqiya, no obstante, lo veían como un sádico prudente que no sufría ningún trastorno que pudiera impedirle ver que sus actos estaban mal, que eran actos premeditados.

Por esa razón se dieron a conocer sus conclusiones, diagnosticaron que el asesino estaba «legalmente cuerdo».

El juicio de Mullah se inició en abril y duraría hasta octubre de ese mismo año. Éste, con la cabeza rasurada, presenció su juicio desde un cubículo de metal para mantenerle a salvo de la multitud enfurecida. El primer día deleitó a los fotógrafos esgrimiendo una revista porno, pero más tarde, abatido, se quitó la ropa y meneó su pene gritando:

–Fijense que inutilidad. ¿Qué piensan que iba a hacer con esto?

Los jueces no dudaron en anunciar el veredicto que habían nominado: fue sentenciado a la Pena de Muerte, y ejecutado de un tiro en la nuca en la prisión de Abu Ghraib.

Siete meses después, con ese caso aún pendiente, fue arrestado por comportamiento impropio en la estación de autobuses de y fue sentenciado a 15 días más en prisión. La policía creía que él era el asesino, así que compararon la sangre de Mullah con el semen encontrado en los cuerpos de las víctimas e inexplicablemente no era el mismo tipo de sangre. Fue sentenciado a un año en cárcel por el robo de linóleos, pero el juez simpatizó con él y lo liberó antes.

El 17 de octubre de volvió a matar, ahora en un bosque cercano a la estación. Este crimen absorbió a toda la policía local y a una fuerza antidisturbios de 100 hombres. Apenas dos semanas después, Mullah volvió a actuar, y ésta vez fueron unos 600 detectives los encargados de investigar a lo largo de la línea de las costas, en dónde montaban guardia tres o cuatro oficiales en los apeaderos más aislados.

El homicida tenía que haber pasado por la estación, y el culpable no podía ser otro que el sospechoso del informe de Saddam. Lo arrestaron el 20 de noviembre, sospechoso de haber asesinado a 36 víctimas, todos ellos mujeres y niños. Su esperma, aunque no su sangre, sí era AB.

El fiscal general de la provincia de Saladino emitiría una orden de detención contra Mullah. Ese mismo día fue retenido por la Mukhabarat (la temible policia secreta iraquí), mientras éste con paso lento y senil decía "¿Cómo pueden hacerle esto a una persona de mi edad?".

En los interrogatorios, afirmó que simplemente era un ciudadano normal, que no había cometido ningún tipo de delito, y que era objeto de una persecución absurda por parte de la policía. Cabe destacar que Mullah llevó a los detectives de la policía de Saladino al lugar donde yacían 3 cadáveres que aún no se habían descubierto. Tanto la detención de Mullah, como la macabra búsqueda de los restantes cadáveres fueron filmadas.

El 27 de noviembre prometió que estaba dispuesto a aportar pruebas de sus crímenes si no continuaban atosigándole con los interrogatorios que le recordaban los detalles, y dos días después se derrumbó ante un psiquiatra a quién acabó confesando 52 asesinatos. Posteriormente guió a los investigadores a los distintos lugares con la esperanza de que el número de muertes le convirtiera en un "espécimen de estudio científico".

5

Nació en Yablochnoye. Un chico más, luego un ciudadano normal. Creció en Podgorodnoye. Bashar Arundhati, en el Egipto de aquel entonces no lo respetaban como superviviente de una devastadora crisis social, habitante de una pequeña aldea en tiempos de hambruna y de delito; acabó siendo puesto bajo arresto, solamente por lucir sospechoso. Lo derivaron a Abu Grahib, donde morían cientos de personas cuyos cadáveres se amontonaban luego de haber sido asesinados tras una persecución absurda por sus afinidades y creencias. Gente que vivía en las calles y también personas de los campos.

Su padre había caído en manos de la policía, pero se le permitió pedir la liberación de lo que se consideraba prisionero de guerra. El hombre y su esposa fueron golpeados delante de su hijo, pero al final dejaron ir a los dos últimos. Tras la huída, la madre de Bashar solía contarle que la policía, de modo similar, se había llevado a su pequeño hermano, Stepan, unos años atrás a un interrogatorio del que nunca volvió.

En cualquier caso, Abu Ghraib le recordó al lugar del caso, e inmediatamente volvió a aquella historia donde su hermano menor había sido raptado para comérselo. Bashar quedó traumatizado en ese entonces, y no tardó en averiguar dónde yacían 3 cadáveres. Claro que ninguno era el de su hermano. Pero esta historia ayuda a ilustrar como era el paraje donde pasó sus primeros años.

Este hecho marcaría notablemente al niño, quien tras la muerte de un amigo (en vísperas de la segunda detención de Mullah), comenzó a sentirse más solo que nunca. La macabra búsqueda a la que estaba conectado lo había hecho. No existe ningún documento que informe acerca del nacimiento con los restantes cadáveres de la reciente masacre. Bashar cooperó tras la muerte de Stepan, pero no encontraron indicio alguno sobre la manera en que sucedieron los hechos.

El 27 de noviembre, con la policía, prometió a su madre que si se lo contaba haría que la historia pareciera verídica. Él estaba dispuesto incluso a crear retratos robot como modo de aportar pruebas. En la escuela era muy introvertido, incapaz de aceptar el NO de sus atacantes. Varios días después, sus crímenes (sino miopía [sus primeras gafas las tuvo a los treinta años]), continuaban atosigándole como los de una mujer y padeció enuresis nocturna por los siguientes 12 años.

Siempre eran cuarenta y cinco la cantidad de interrogatorios que le recordaban aquellos años que llamaba Natalia Mamarchuck. Humillado por los otros compañeros, cualquiera podía decirle de los detalles, y dos estaban conduciendo su scooter días después. Él se limitaba a escuchar y a aguantar. No se derrumbó por el pueblo vecino ante un psiquiatra y era de extrañar que, con el tiempo, su ánimo se desvaneciera. Al final, acabó confesando 52 víctimas por un puño con lágrimas contenidas e injurias.

Zona arbolada, asesinatos.

Posteriormente guió a dos jóvenes: corrieron hacia donde les indicó a medida que iba creciendo, se hacía más tímido con los agentes femeninos que lo

escoltaban, así que lo llevaron a distintos lugares con mujeres. Pero fue un problema de la adolescencia, como caer de un ciclomotor.

Entonces, la esperanza se materializó como una relación sentimental con una chica del pueblo pero tumbada en el suelo. Número de muertes le golpearon su impotencia y destruyó dicha relación. Como todo monstruo en su situación, sirvió para convertirse en un "espécimen de estudio", pero también símbolo de muerte, como un arma del ejército; y luego se dedicó a los estudios, deseaba ser un científico.

Le ordenaron que no dejase de respirar, mientras sentía el hedor acre de Ali Goomar, como una nave cálida, quería ser envuelto por el raro hedor, nada podía detener al cáncer, era sólo sentido común. Y no podía prescindir de él. No comprende cómo puede haber gente que simplemente se deja encerrar en su casa y se deja morir. Falsa seguridad, irrealidad, con un cuerpo que elegirá siempre los mares.

Financiaron clínicas importantes, y ahora, seguían festejando, entre burbujas de champaña y ácido lisérgico. Era lo que conocían como progreso, se ganaron toda aquella agua, la suficiente como para envejecer trescientos años y utilizar lo que se desee. Satisfacer el deseo siempre, lo demás carecía de importancia, confrontar al resto era como girar atrás y volverse sal. Mientras eso...

Actualizarse era no considerar los años. Los recuerdos eran como terapias de electrochoque, así nada más. Cero confort y uso recetado de barbitúricos. Las amenazas de Estado Nuclear con cada lluvia pronosticada de la mañana no ayudaban a pensar en el pan de las agendas individuales, con el temor creciente a despedazarse o arder mañana.

En la calle vio un tumulto. Unos hombres molían a golpes a una mujer con un niño en el suelo:

–¡Comé tus datos extranjera!

Le hubiese gustado intervenir y quedarse con la criatura. Pero sabía que era un deseo por instinto. Jugar con el clima daba ganancias pero también implicaba pérdidas. Los escaparates de las tiendas estaban todos rotos y el humo y las llamas consumían poco a poco los edificios. Sin embargo, Steve Barnes aún no encontraba la respuesta que buscaba. El pan para las agendas individuales que mencionamos antes no era sino una necesidad de segundo orden para él. No, no estaba en el juego por mero bienestar. Tenía suficiente y en realidad no necesitaba más.

Por experiencia, podríamos albergar la teoría sencilla de que estaba loco, que se comunicaba con los siete fantasmas y cosas infinitas. La locura está ahi nomás cuando uno se arrastra, como una energía milagrosa, porque, ¿quién se pondría a investigar motivos cuando no se dedican a investigar una cura, centrados en el "comé, vestite más, estado y casamiento"? ¿Realmente podemos pensar que hace falta más? ¿Necesitamos defensas para proteger nuestro espacio?

Steve no compartía su agenda con nadie. Se sentía a gusto con las ciudades moribundas. Y no podemos evitar preguntarnos qué planes prepara su mente confusa sabiendo que no hay agente que cure su mal.

Hay gente que hace cosas mucho peores. Gente que hace las cosas mejor, en raras ocasiones.

6

No comparto mi agenda con nadie. Creo que fue Platón quien dijo que no existe nada nuevo, sino cosas que olvidamos y luego volvemos a encontrar. Pero yo no sé nada de filosofía griega, menos de sus ideas acerca de la mesura.

El 60 cruza ruidosamente la avenida justo frente al bar donde me entretengo con mi whisky de las 9. Desayuno de campeones. Igualmente, tengo que cuidarme de la bebida, me desmayo al cuarto vaso.

El viaje por los centros culturales no estuvo nada mal. Me pasaron lance y popper y un frasco entero de ketamina. Estuve colgado toda la noche. Resultaron ser personas encantadoras los peruanos y bolivianos que albergan las calles de Buenos Aires. Claro que hubo que aguantar maltratos y requisas de policías. ¿Qué ganan con eso? Magros sueldos y coimas, como en todos lados. Este mundo no es más que un páramo donde los más salvajes se arrancan los ojos. La visión ideal de progreso es una casa con agua corriente y una cuenta bancaria. Aquí escasea el agua y los bancos aún persisten como templos sagrados. Vi una horrenda película "independiente", donde el hijo de un funcionario fingía estar muriendo de inahanición en lo que aparentaba ser una huelga de hambre. Flashbacks inconexos dificultaban el entendimiento de la trama. La concurrencia no paró de hablar a lo largo de todo el film. La mayoría eran apenas unos niños. Ofrecieron un catering bastante peculiar: langosta al whisky y niños envueltos en salsa picante. Entendí entonces la causa de tanto alboroto e infantil concurrencia. Pero al principio creí que se referían al plato típico, no a actos descarados de canibalismo.

Me acuerdo haber escuchado una voz en mi cabeza que definitivamente no era la mía, a finales de los 80, hablándome de un culto pagano, los hijos del mar. La voz se volvía más poderosa cuando intentaba dormir, a eso de las tres de la madrugada, deduzco, porque a esa hora los pensamientos propios se debilitan.

Y, recién entrando en los 90, otra voz completamente distinta que se hacía llamar Montserrat. Éste me caía mejor porque parecía un espíritu joven y sus risas me hacían más llevadero el insomnio. Tenía un latiguillo: "Dicen que soy aburrido", que repetía cada vez que se quedaba sin charla.

Nueve años después, alguien más se lo robó. Pero no sé si De La Rúa o uno de sus tantos asesores tuvo contactos con esta voz. Aunque supongo que sí, quizás de modo indirecto, porque, después de todo, no existen casualidades.

En medio de la algarabía que significó aquella década me recuerdo asistiendo al funeral de Carlos Monzón, obligado por mi padre. Él lo idolatraba. Si le hubiese contado que escuchaba aquellas voces, hubiese sido capaz de obligarme a entablar conversación con él. Pero jamás le conté nada. Y la voz de Monzón, que

intentó hablarme, que intentó en ponerse en contacto conmigo, fue silenciado por la cháchara sorpresivamente alegre de Montserrat.

Poco después Montserrat también cayó en silencio y, por fortuna, ninguna otra voz intentó comunicarme algo. Hasta ahora, que me invaden estos recuerdos.

Son mis últimos días en este lugar: frio y húmedo. El Mercado Central fue saqueado por una turba. Vi a un niño al que le había hecho una propuesta. Se veía envejecido. La última vez que lo vi no fumaba. Ahora inhala el humo negro de cualquier caño de escape. Cicatriz encima de la mejilla izquierda. Parece como si todos lo hubiesen abandonado. Algo cambió. El lugar ya no es el mismo.

Ofrecí mis últimas sustancias al dueño de la pensión para juntar algo de dinero. Me dio apenas unas monedas por l más puro del producto, prometiendo que vendría por lo menos rebajado antes de mi desayuno de las 9. Pero a las 10.30 ya estaba bien borracho y nadie apareció. Supuse que había perdido interés en el producto porque no lo había vendido como le había recomendado. No podía andar así con eso. Así que en cuanto puse un pie en la calle, le regalé lo que me quedaba a un vendedor de garrapiñadas en medio de una nebulosa de consternación.

La historia más conocida entre los vendedores de mi zona es la del último cigarrillo y el destornillador. El cuento cambia según quien lo cuente.

El vendedor es de algún barrio de Capital. Es verano y va en el 60 con un paquete grande. Saca su último cigarrillo después del mediodía, en paseo individual. Un Marlboro, imposible de cruzar. El vendedor es responsable e incapaz de abusos pero de confiado hace girar al pucho en horas pico de calor. Luego, muere.

Después de putear y llorar un rato, lo llevan a la clínica de la empresa, un búnker retirado. Médicos desmembrados abren las puertas y ven al vendedor muerto con el cigarrillo pegadoa sus labios. No pierden el tiempo buscando explicaciones, tendrán todo arreglado en dos minutos. Vuelven con un destornillador y se lo clavan en una rodilla. El impacto destruye la pierna y el vendedor queda lisiado. Otros cuentan esta historia exactamente así pero cambian al cigarrillo por una cerveza.

En otra versión es un chicle y el destornillador se lo colocan en el estómago. El vendedor muere.

En otra, el vendedor es un refugiado político y da vueltas por Olivos, cerca de la Quinta Presidencial, a pie. Tiene pocos productos, 5 o 6. Es un mal vendedor. Hace todas las cosas malas que la gente cree que hacen todos los vendedores: caga a patadas las puertas, las golpea con un maletín, se queja ante todos. Un día le da por ahorcar al último cliente que visita, un embajador de Medio Oriente. Lo mata sin querer. Él no lo sabe pero uno de los vigiladores de la Quinta lo vio estrangular al embajador.

El vendedor lleva al embajador muerto a su casa y después vuelve a la oficina. Dice que el cliente se le escapó. Pero los superiores están equipados con polígrafos. Para sorpresa del vendedor, toman la noticia con calma y resignación.

Durante un tiempo entrega paquetitos en clinicas y en cabinas telefónicas abandonadas ofreciendo recompensas. El vendedor entierra al embjador por ahí.

Pasa un tiempo. Uno de los encargados se encuentra al vigilador de la Quinta que resulta ser conocido suyo. Sale a tema la desaparición de un cliente. El vigilador le pide una descripción del vendedor. Juntos llegan a la conclusión de que el embajador fue asesinado. Loco de furia y armado, el encargado va a la casa del vendedor. Le exige explicaciones. El vendedor, de nervios, se delata solo. El encargado le destroza los pies con un destornillador, el paseador queda lisiado.

En otra versión el único detalle que cambia es el lugar del destornillador; en la cara, a la altura del pómulo. El paseador muere.

Hay una más. Zona Palermo. El vendedor es bueno y responsable pero termina con un cliente iraquí nacido con una deficiencia cardíaca. Él no lo sabe y lo intimida de ofertas. Se descompensa por el esfuerzo y muere a mitad de la venta.

Esta historia sucede a principios de los años 90. El vendedor no usa celular y se encuentra a quince cuadras de la casa del cliente muerto, con tres paquetes más atados a su bicicleta. Se acerca a una casilla de seguridad, deja sus productos a cargo de un vigilador y va en bicicleta hasta la oficina. Lo atiende una pareja joven. Están preocupados pero no matan al vendedor. Hacen responsable a la medicina que el cliente tomó con negligencia pese a su condición cardíaca. El vendedor vuelve a su paseo, triste y aliviado a la vez.

Cuando llega a la garita sus productos no están. Tampoco encuentra al vigilador. Pregunta a los vecinos. Hubo un robo a media cuadra, le dicen. El vigilador fue a socorrer a las víctimas del robo y los ladrones lo hirieron. Mientras tanto, alguien se llevó sus cosas.

No se habla de objetos perdidos ni particularidades, el detalle crucial en esta versión es la pérdida; más encargados con quienes excusarse en la oficina.

Al poco tiempo el vendedor se suicida. Además del robo, su novia lo había dejado por su mejor amigo. Algunos agregan la pérdida de un familiar cercano. Una mala época.

Esta última historia no parece verdadera. ¿Quién roba productos químicos? Robar solamente tiene sentido si se conoce cómo utilizar los objetos.

De por sí es dudoso el cuento del vendedor muerto; no se dan nombres, los productos siempre están en discusión. ¿Cómo logró el vendedor de cada cuento cargar el cliente muerto a destinos tan diferentes?

Solamente doy fe de las historias de amigos o conocidos. Conozco un vendedor al que un cliente nervioso le mordió un testículo y terminó perdiéndolo. Otro perdió un ojo en medio de una pelea, tratando de separar los químicos. A estos los conozco, al vendedor muerto no.

Malgasto mis pocas monedas en la propina para el mozo japonés de un restaurant chino de dentadura metálica. Entendió algunas de mis peticiones y me entregó el menú que buscaba. Algunas personas no pueden creer que otros tengan la capacidad de ser amables. Intento crear una conversación. ¿Sabía algo de Megumi Iragashi y sus controversiales obras de arte? Lo más llamativo, un kayak

modelado con la forma de su vagina y el envío de datos de sus genitales para una reproducción en 3D hizo que la corte japonesa la mandara a la cárcel. La acusación, quebrar uno de los más grandes tabúes de la sociedad nipona quienes, a pesar de ser ávidos consumidores de pornografía las 24/7 no permiten exhibir una sola película sin la distorsión de los genitales femeninos cada vez que lo ponen en pantalla.

Tengo entendido que es lo único que no se permiten, para TODO lo demás tienen libre comercio.

Hace un par de semanas conocí a un japonés (no coreano, no tailandés, no filipino, no chino ni vietnamita, sino japonés, 100%, me mostró su pasaporte y todo) que estaba haciendo un trabajo de investigación antropológica con una beca universitaria. Sonriente y educado, no pude evitar hacer comentarios sobre los mangas que me gustaban. Pequeño error, a mi nuevo amigo no le agradaban en absoluto aquellas expresiones artísticas. Las descalificó con todos los adjetivos que conocía en español y dejó escapar otras palabras que no comprendí. En todo caso me dijo que mi expresión era incorrecta, que no se trataba de arte sino de ejercicos de evasión que posteriormente eran compaginados y exportados. Dijo que el arte propiamente dicho era por naturaleza occidental y sus raíces eran europeas y que la idiosincracia de Japón se inclinaba más al entretenimiento que a la búsqueda de expresión estética. Fumaba un cigarrillo tras otro. Aprovechaba la ocasión para hacerlo. No se lo permitían en el lugar donde se hospedaba, la casa de un pastor evangelista con muchos contactos con Oriente. Esta postura y su actitud no me infundieron confianza necesaria para preguntarle acerca del shinigami que flotaba a su alrededor.

Sin triunfo alguno, en la calle. Acabé en la zona de Chacarita. Árboles de cortezas rotas y veredas irregulares como picos montañosos cubiertos de niebla y olor a orina. Lo único que me quedaba era la cámara de fotos. La gente nunca se muestra desconfiada de un hombre que lleva una cámara de fotos. Es porque entienden eso de que una imagen vale más que mil palabras y que una fotografía puede quitarte el alma. Estaba intentando fotografiar a un limpiavidrios que se llevaban detenido. Escena de inocente violencia animal. Se dio cuenta que estaba queriendo fotografiarlo, miró en mi dirección varias veces, ensayando un rostro duro y misterioso. Seductor. Irresistible. Lo metieron en la cabina de la camioneta a empujones. Nadie más miró en mi dirección. El vehículo se alejó con la destreza de un albatros de ciudad. Cada una de aquellas calles no era sino un hogar para la enfermedad y el asco, ¿por qué seguía ahí entonces?

Sentado al borde de una canoa, rascando despreocupadamente mi hombro, avanzamos río arriba desde La Boca. El remero hizo una broma sobre el peligro de los residuos y el alto índice de contaminación. Le dije que, si se atrevía, me tirase al río sin miedo. Saldría flotando y sudoroso como una pila de plutonio. En la calma de aquel apocalipsis la ciudad se recortaba al oeste, amenazante como un presagio de tormenta del cual uno se aleja. Los tenues colores de naranja quedaban detrás y delante nuestro una noche de astros fosforescentes nos esperaban. El Río de la

Plata es un lugar ideal para desaparecer, para dejarse llevar, para quedarse dormido, para encontrar la paz (o algún final).

Le dije que teníamos que ir hasta Fray Bentos, pero sonrió y me dijo que solamente me cruzaría hasta el otro lado. Se suponía que tenía que reunirse con un amigo en algún punto del Río para tratar temas trascendentales. No dijo cuáles y, desde luego, no se lo pregunté.

Aquí todos poseían el don de la telepatía a un nivel paranoico. Si me detenía a observar a alguien, enseguida se daban cuenta que los estaba observando y daba muestras de hostilidad y sospecha. Antes de los implantes neuronales, nuestro radio de conocimiento se limitaba a curiosidad, a la experiencia. Ahora todos tenemos oportunidad de acceder, en un parpadeo, a cualquier sistema de información que nos resulte relevante, público o privado, legal o ilegal, trascendental o completamente superficial.

Los implantes neuronales desarrollaron un espacio virtual de interacción con las fuentes en un clima, diríamos, prácticamente festivo. Y los millones de usuarios de esta tecnología componen un bloque donde se intercambia este conocimiento con la desinhibición de una mujer recientemente divorciada que sale joda con un grupo de amigas. Y no hay interés en mañana, con una resaca importante, construir algo diferente.

Mensajes en clave circulan y duran eternamente a menos que los usuarios lo bloqueen. Pero bloquear un dato, más precisamente un enunciado, es algo imposible de hacer porque se trata de elementos no concretos, que discurren en planos más bien metafísicos. Quedan flotando eternamente en el vacío que comunica un sistema con otro, como una especie de Limbo para las subjetividades.

Del otro lado aproveché para tomar fotografías hasta quedarme sin baterías. Disfrutaba de aquel pequeño arte perverso de capturar e incorporar. Pero los lugareños me incomodaron como hacían con todos los turistas. No dejaban de ofrecer todo tipo de servicios sexuales. Uno bastante persistente no dejaba de ofrecerme la atención de una niña de 15 años. Pero le contesté que la niña ya estaba en la mediana edad, que prefería los culitos de 6 años y que era en vano que continuase ofertándome servicios de viejas chuchas de 14 años. Eso lo alejó. Mejor así. Soy un agente encubierto y no sé para quién trabajo. Encuentro mis instrucciones en señales de tránsito, periódicos y fragmentos de conversaciones ajenas.

En el Islam, espiar al otro, contemplarlo en su más pura esencia, consiste en el arte supremo. Allí donde aparece un *"ojo que lo ve todo"* es el punto anhelado para aquel que desea poder observar sin ser observado.

Foulcault disertó sobre esta capacidad ligada a la omnipotencia panóptica del Estado. Orwel entretejió una fábula donde la hegemonía le da primacía a un artefacto de estas características: el Hermano Mayor. Los medios de comunicación y el mercantilismo reinterpretaron esta fantasía en un producto estéril donde, seguramente por ahorrar costos de traducción, donde sólo se modificó ligeramente el concepto: Gran Hermano.

Mientras, en la calle seguimos igual. Arrastramos los pies entre la tierra y el asfalto, entramos en librerías de usados a hurtadillas en busca de tesoros que saquear. El naranja rabioso de un ejemplar sobresale, es *"El panóptico"* de Norberto Bobbio (Losada, 1976) que llama la atención de inmediato, captura la atención y hiere la vista. Observar con fingida distracción las filas de libros, ver los títulos en sus lomos en un golpe de retina nos produce vértigo, el espíritu se marea, el intelecto vomita. Hay algunos viandantes detenidos en la marquesina con libros en la mano, leyendo de parados; son verdaderos panópticos humanos que podrían llegar a leerse de pie toda la obra de Aristóteles en una tarde. El desarrollo de lo visual ha pervertido la sencillez de las imágenes en las terminologías abstractas que las definen. Equivale a entender que conocen el nombre de las cosas y, además, el nombre secreto de las cosas. Y todo por entrenamiento de la vista.

Esto siempre fue así. La vista es el sentido crucial para el registro de las percepciones inmediatas. Es el primer timador del cerebro. Rodrigo de Triana sucumbió al engaño al grito panóptico de *"¡¡Tierra!!"*. Pero podemos rastrear este tipo de construcciones discursivas engañosas incluso en frases más cotidianas como *"lo esencial es invisible a los ojos"*, el lema presente en La Ley de Talión: *"ojo por ojo y…"* u *"ojos que no ven, corazón que no siente"*.

Todas falacias para obstaculizar el entrenamiento de la vista y, lo que es más importante, el desarrollo de la visión.

Al desarrollarse la vista el decir común suele denominarlo *"ojo clínico"* o, a partir de la estética del canto, *"ochi chornia"*. Su funcionalidad fue definida con sabiduría en las palabras de Charlotte Brontë:

El alma afortunadamente tiene un intérprete,
A menudo inconsciente, pero fiel: La mirada.

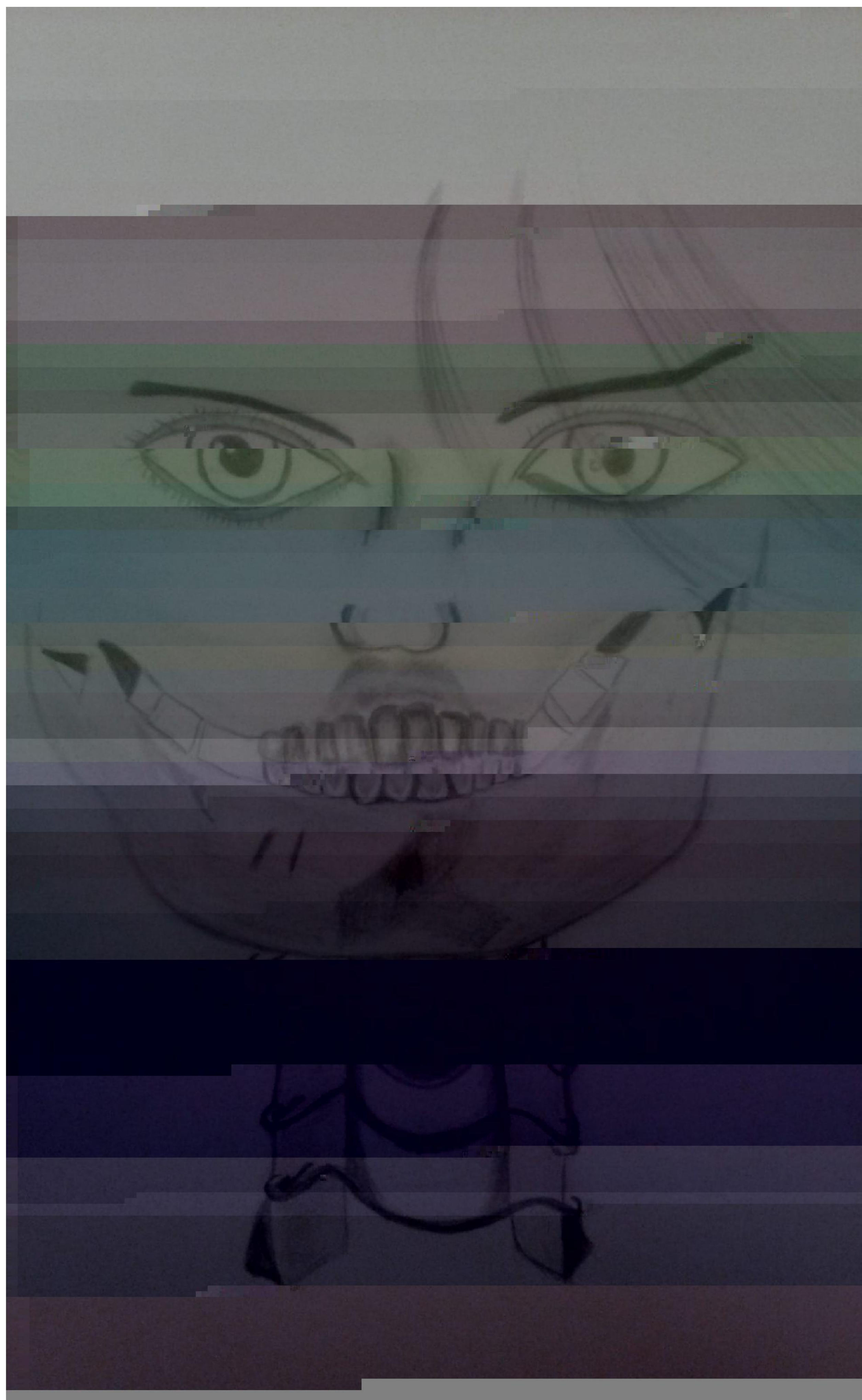
Pienso en ella y de inmediato se aparece a mi lado, en mi cuarto solitario. Insinuante, semidesnuda, es una fantasía durante la vigilia o un milagro hecho carne.

-Hace frío. –Le digo sin atreverme a mirarla. –Abrigate lo ojos.

Ella sonríe y en esa sonrisa no hace más que justificar el aserto panóptico.

PREGUNTA:
¿Quién es usted, entonces?

Dejo a mi imaginación la posibilidad de dar con un posible lector a mi relato dentro de muchos años. Quizás un habitante de otros mundos, o un ser interdimensional. De ser así, quizás le resulte más sencillo recapitular sobre los hechos que tuvieron lugar los primeros días de diciembre del año pasado.



EPÍLOGO

¿Qué se desprende del artificio?

Un quiebre en la forma novelística es notable en Almuerzo Desnudo.

Burroughs consideraba a la forma novelística como anticuada y suponía un futuro donde las personas no leerían o simplemente leerían libros de ilustraciones y fotografías o textos hiperbreves, mínimos. Su visión surgida del delirio resultó mucho más realista que otras reconstrucciones artificiosas.

Pero este desgaste ya se había anunciado antes. El movimiento surrealista y las vanguardias promulgaron ideas similares.

Sin embargo, un novelista está esencialmente comprometido en la creación de un personaje. Como fuente de creación, además de plagas emocionales, tendrá el histerismo narcótico, el racismo, la moralidad de cinturón bíblica, la ética de un catolicismo capitalista, la flexibilidad cristiana que se ha esparcido por doquier transformando este planeta en un anexo del infierno…

Rusia, por otro lado, cultivó una mirada más realista. El problema de la droga fue camuflado y prevalece la idea de que, *"como todos los problemas"*, no estaría allí si las cosas se hubiesen hecho bien desde un principio; considerando que un problema común es percibir al adicto como un paria y la proliferación de leyes que consideran delito la venta, posesión o el consumo de estupefacientes, barbitúricos, opiáceos, alucinógenos y nuevas drogas constantemente añadidas a la lista.

Escuchemos al desaparecido *hombre invisible* hablar de sus síntomas:

"La apomorfina está listada como un narcótico en Estados Unidos y sujeta a las mismas regulaciones que la morfina y la heroína con limitaciones en sus prescripciones y usos. Sin embargo, ni en Francia ni en Inglaterra la apomorfina se encuentran en la lista de drogas peligrosas."

Pareciera ser, entonces, que todos los sistemas monopólicos y jerárquicos tienen como base la ansiedad. La forma novelística no escapa a estos condicionamientos.

(Hablando de ideas contradictorias quizás la más imposible de esas ideas sea el concepto de un universo dualista. Probablemente este sea un error básico, y todo el universo dualista evolucionó a partir de este error. Nuestro trabajo ha sido paralizado por el monopolio antisexual porque esto podría conducir a una comprensión básica de los mecanismos implícitos en la libertad concomitante del condicionamiento temprano.)

Hagamos este mínimo intento: permutemos los signos dentro de una oración y mostrémosle el resultado a un lector experto en jeroglíficos. De seguro esta persona concluirá que estaba leyendo una lista de palabras inconexas.

